RAYMOND QUENEAU

# EJERCICIOS DE ESTILO

VERSIÓN DE ANTONIO FERNÁNDEZ FERRER

4

CATEDRA

# EJERCICIOS DE ESTILO
# Raymond Queneau

Versión y estudio introductorio de Antonio Fernández Ferrer

SEXTA EDICIÓN

## ÍNDICE


Introducción
**ANEXO**: Ejercicios de estilo posibles

EJERCICIOS DE ESTILO

Notaciones
Por partida doble
Lítotes
Metafóricamente
Retrógrado
Sorpresas
Sueño
Pronosticaciones
Sínquisis
Arco iris
Logo-rallye
Vacilaciones
Precisiones
Punto de vista subjetivo
Otro punto de vista subjetivo
Relato
Palabras compuestas
Negatividades
Animismo
Anagramas
Distinguo,
Homeoteleutones
Carta oficial
Propaganda editorial
Onomatopeyas
Análisis lógico
Insistencia
Ignorancia
Pretérito perfecto
Presente
Pretérito indefinido
Imperfecto
Alejandrinos
Poliptótones
Aféresis
Apócopes
Síncopas
Yo ya
Exclamaciones
Entonces
Ampuloso
Vulgar
Interrogatorio
Comedia
Apartes
Parequesis
Fantasmagórico
Filosófico
Apóstrofe
Torpe
Desenvuelto
Parcial
Soneto
Olfativo
Gustativo
Táctil
Visual
Auditivo
Telegráfico
Oda
Permutaciones por grupos crecientes de letras
Permutaciones por grupos crecientes de palabras
Helenismos
Conjuntos
Definiciones
Tanka
Versos libres
Translación
Lipograma
Anglicismos
Próstesis
Epéntesis
Paragoges
Partes de la oración
Metátesis
Por delante por detrás
Nombres propios
Pasota
Ticon tila titi
Antonímico
Latín macarrónico
Homofónico
Galicismos
Paraloss Englaysays
Contre-petteries
Botánico
Médico
Injurioso
Gastronómico
Zoológico
Impotente
Modern style
Probabilista
Retrato
Geométrico
Paleto
Interjecciones
Amanerado
Inesperado

# *Introducción*

> Dedico mi parte en este libro a alguien que se llama, aplicando un S+n, "Zuriñe» ...et à ceux qui nourris de littérature et de musique sont morts de faim.
>
> A. F. F.

En el caso del libro que en e:¡te preciso momento comienzo a prologar... y que tú, lector, deberías haber empezado no antes de la página 49..., pero me temo que, siguiendo la costumbre, acabas de iniciar la lectura a partir de esta misma introducción, lo cual me lleva a interrumpirte con la primera nota a pie de página[1].

En el caso de esta obra, decía, cuyo verdadero prólogo comienza ahora, no puede afirmarse, como lo hace el comienzo del conocido relato evangélico, que en el principio fue el verbo (o, mejor, la palabra, que es traducción más llevadera en castellano), pues en el origen de Ejercicios de estilo fue la música. Así lo cuenta el propio Queneau al iniciar la introducción que escribió para la edición ilustrada por Carelman y Massin:

> En una entrevista con Jacques Bens, Michel Leiris recuerda que «en el transcurso de los años treinta, estuvimos escuchando juntos (Michel Leiris y yo) en la sala Pleyel un concierto en el que se interpretaba el *Arte de la Fuga*. Me acuerdo que lo seguimos muy apasionadamente y que, al salir, nos dijimos que sería muy interesante hacer algo de ese tipo en el plano literario (considerando la obra de Bach, no desde el ángulo del contrapunto y fuga, sino como construcción de una obra por medio de variaciones que proliferaran hasta el infinito en torno a un tema bastante nimio)».
>
> En efecto, fue acordándome de Bach muy conscientemente como escribí *Ejercicios de Estilo*, y muy en especial de esa sesión de la sala Pleyel; pero, ¿era, seguro, antes de la guerra? En cualquier caso, fue en mayo del 42 cuando compuse los doce primeros (que, además, han quedado como los doce primeros del libro); pensaba limitarme a eso y titulé este modesto intento *Dodecaedro*, porque, como es sabido, ese bello poliedro tiene doce caras. El director de una revista muy distinguida que aparecía entonces en zona llamada libre y que me había pedido un «texto», me devolvió el *Dodecaedro* con aire consternado, incluso diría con tristeza, como si hubiese querido jugarle una mala pasada.
>
> Aquello no me impidió continuar; en agosto del 42, en noviembre del 42, en julio del 44, una docena más se añadió a *Dodecaedro*. En febrero de 1945, *La Terre n'est pas une vallée de larmes*, publicación surrealista y belga dirigida por Marcel Marien, publicó nueve de ellos con el título *Ejercicios de Estilo*; una nota decía: «El autor piensa, de este modo, "tratar el mismo asunto" —un incidente real, por lo demás, y trivial— de un centenar de maneras diferentes. Seguramente esos cien capítulos idénticos en cuanto al tema no dejarán de provocar, leídos en hilera (*sic*), algún efecto en el lector.» Esta nota la había redactado yo, por supuesto.
>
> En el transcurso de 1945, escribí otros dieciocho que aparecieron en diciembre del mismo año en *Fontaine*. En resumidas cuentas, en tres años, había redactado menos de cincuenta; todo el resto fue liquidado durante el verano de 1946 en Isle-sur-Sorgue. Me detuve en los noventa y nueve, juzgando satisfactoria la cantidad; ni tanto ni tan calvo: el ideal griego, vaya[2].

Como es sabido, James Joyce se propuso escribir una obra maestra, la voluminosa novela titulada *Ulysses*, ciñéndose a un solo día en la vida del protagonista, un 6 de junio de 1904, un día de Dublín como otro cualquiera. Queneau parte de asunto aún más trivial y ajeno a complejidades simbólicas. Con una anécdota nimia, explícita ya en el primer texto de la serie («Notations»), construye noventa y nueve variaciones distintas. Como un huevo de Colón literario, la ideíca nos sorprende gratamente con ese don propio de las ocurrencias que cualquiera puede tener, pero que nadie ha pensado.

---

[1] Te recomiendo encarecidamente que, si no lo has hecho ya, leas ahora por lo menos noventa y ocho «ejercicios»; después, volviendo allí donde estabas cuando esta nota te distrajo, puedes proseguir, sin más tropiezos, la lectura del prólogo.

[2] R. Queneau, «Préface», *Exercices de style; avec 45 exercices paralè!les dessinés, peints et sculptés par Carelman, et de 99 exercices de style typographiques de Massin*, París, Gallimard, 1963, págs. 9-10.

Aparte de la inspiración musical que provocó tan curiosa obra, Queneau contaba con algún ejemplo clásico. Sin ir más lejos, en la literatura francesa decimonónica, la réplica de Cyrano de Bergerac cuando, en el archifamoso drama de Edmond Rostand, contesta airosamente al vizconde que se ha burlado, de manera excesivamente pedestre, de la «muy gran nariz» del protagonista:

> Eso es muy corto, joven; yo os abono
> que podíais variar bastante el tono.
> Por ejemplo: *Agresivo*: «Si en mi cara
> tuviese tal nariz, me la amputara.»
> *Amistoso*: «¿Se baña en vuestro vaso
> al beber, o un embudo usáis al caso?»
> *Descriptivo*: «¿Es un cabo? ¿Una escollera?
> Mas ¿qué digo? ¡Si es una cordillera!»
> *Curioso*: «¿De qué os sirve ese accesorio?
> ¿De alacena, de caja o de escritorio?»
> *Burlón*: «¿Tanto a los pájaros amáis,
> que en el rostro una alcándara les dais?»
> Brutal: «¿Podéis fumar sin que el vecino
> —¡Fuego en la chimenea!— grite?»
> *Fino*: «Para colgar las capas y sombreros
> esa percha muy útil ha de seros.»
> *Solícito*: «Compradle una sombrilla:
> el sol ardiente su color mancilla.»
> *Previsor*: «Tal nariz es un exceso:
> buscad a la cabeza contrapeso.»
> *Dramático*: «Evitad riñas y enojo:
> si os llegara a sangrar, diera un Mar Rojo.»
> *Enfático*: «¡Oh nariz!... ¿Qué vendaval
> te podría resfriar? Sólo el mistral.»
> *Pedantesco*: «Aristófanes no cita
> más que a un ser sólo que con vos compita
> en ostentar nariz de tanto vuelo:
> el Hipocampelephantocamelo.»
> *Respetuoso*: «Señor, bésoos la mano:
> digna es vuestra nariz de un soberano.»
> *Ingenuo*: «¿De qué hazaña o qué portento
> en memoria, se alzó este monumento?»
> *Lisonjero*: «Nariz como la vuestra
> es para un perfumista lista muestra.»
> *Lírico*: «¿Es una concha? ¿Sois tritón?»
> *Rústico*: «¿Eso es nariz o es un melón?»
> *Militar*: «Si a un castillo se acomete,
> aprontad la nariz: ¡terrible ariete!»
> *Práctico*: «¿La ponéis en lotería?
> ¡El premio gordo esa nariz sería!»
> Y finalmente, a Píramo imitando:
> «¡Malhadada nariz, que, perturbando
> del rostro de tu dueño la armonía,
> te sonroja tu propia villanía!»[3].

De entrada, y aun en la lectura menos atenta, *Ejercicios de estilo* resulta radicalmente distinto de una obra literaria convencional. Nada más absurdo que tratar de encuadrarlo dentro de los géneros literarios tradicionales, pues, como su mismo título indica, se nos presenta como una especie de «pre» o «para-literatura». Recuerda aquellos libros de antaño sobre el «arte de escribir», que constituían verdaderos recetarios de estilística y, en este sentido, podemos considerar la obra como una parodia

[3] Edmundo Rostand, *Cyrano de Bergerac, tragicomedia en cinco actos, en verso*, traducida por Luis Vía, José O. Martí y Emilio Tintorer, Barcelona, Imprenta «La Renaixensa», 1899, págs. 32-33. Los cuatro últimos versos de la cita son una parodia del drama *Pyrame et Thisbé* (1617), de Théophile de Viau.

de los tratados sobre el tema. No es extraño, por lo tanto, que se juegue con el carácter técnico de la terminología al utilizar algunos de los terminachos más especializados y pintorescos de la jerga retórica clásica. *Ejercicios de estilo* se sitúa, o finge situarse, en una especie de tierra de nadie, entre la teoría y la práctica literarias, dándonos la impresión de que ha sido confeccionado teniendo en cuenta los capítulos de un manual de estilística o como ejercicios análogos a los *progimnasmas*[4], las prácticas de la enseñanza retórica clásica. Precisamente por ello, cobra una relevancia especial el texto titulado «Maladroit» («Torpe»), al tratarse de un ejercicio en el que se ironiza sobre el propio «arte de escribir».

Sin embargo, pese a ser importante en el conjunto de la obra, la utilización de conceptos y procedimientos de la Retórica en el sentido más restringido y escolar del término (lítote, metáfora, poliptoton, sínquisis...) es sólo una parte. El autor muestra un dominio notable de la disciplina, incluso cuando la entiende a su manera, pero al considerar globalmente *Ejercicios de estilo* hemos de entender Retórica o Estilística en su mayor amplitud conceptual, abarcando todo género de prácticas y situaciones discursivas.

Queneau rechaza cualquier esquema previo que pudiera haber presentado los «ejercicios» en agrupaciones temáticas, por su complejidad gradual o, simplemente, por orden alfabético. Ni tan siquiera trabaja sobre un mismo fragmento base que genere las distintas transformaciones «estilísticas», pues, aunque coloca «Notations» en primer término, ello no significa, de ninguna manera, que se tome este texto como modelo[5].

En ocasiones se prefiere el mero juego mecánico de transformación textual para lograr una sensación de puro disparate. Tenemos, al respecto, los simples tratamientos automáticos de adjunción, supresión o permutación de letras, morfemas o sintagmas sin especial trasfondo. En «Synchyses», sin ir más lejos, todo el texto está trastocado mediante el batiburrillo sintáctico —en realidad, una intensificación de la clásica *mixtura verborum*—, sin que interese, en modo alguno, conseguir una significación más allá del «nonsense». Confrontemos este ejercicio concreto con el uso de la sínquisis que hace Julio Cortázar en un texto en el que imagina a las gallinas dueñas del planeta:

*Por escrito gallina una*

> Con lo que pasa es nosotras exaltante. Rápidamente del posesionadas mundo estamos hurra. Era un inofensivo aparentemente cohete lanzado Cañaveral americano Cabo por los desde. Razones se desconocidas por órbita de la desvió, y probablemente algo al rozar invisible la tierra devolvió a. Cresta nos calló en la paf, y mutación golpe entramos de. Rápidamente la multiplicar aprendiendo de tabla estamos, dotadas muy literatura para la somos de historia, química menos un poco, desastre ahora hasta deportes no importa pero: de será gallinas cosmos el, carajo qué[6].

---

[4] Sobre estos «ejercicios preparatorios» de la Retórica clásica se ha conservado el tratado de Hermógenes (siglo II), véase la edición de Hugo Rabe en *Hermogenis Opera*, Leipzig, B. G. Teubner, 1913, págs. 1-27. La obrita de Hermógenes fue traducida al latín por el famoso gramático Prisciano (siglo VI), convirtiéndose en el texto escolar básico con el título de *Praeexercitamina rhetorica* (véanse las ediciones de H. Keil en el volumen III de *Grammatici Latini*, Leipzig, B. G. Teubner, 1860, págs. 430-440 y de K. Halm en *Rhetores Latini Minores*, íd., 1863, págs 551-560).
En cuanto a las estilísticas y «artes de escribir», en el año 1947, por citar la fecha en que aparece *Exercices de style*, se publica el libro de Marcel Cressot, *Le style et ses techniques. Précis d'analyse stylistique*, París, Presses Universitaires de France, y la trigésimo segunda edición (la primera es de 1927) del manual de Antoine Albalat, *L'art d'écrire enseigné en vingt lelçons*, París, Armand Colin.

[5] En todo caso, como señala Gérard Genette, el texto base sería «Récit» («Relato»): «... la versión titulada «Récit» puede considerarse sin abusar demasiado, aunque el autor no la presente en modo alguno así ni sea la primera por su fecha, como el estado más próximo a un hipotético grado cero (exposición del tema) de la variación estilística» (G. Genette, *Palimpsestes. La littérature au second degré*, París, Editions du Seuil, 1982, pág. 133). En este mismo estudio, Genette propone el término de *transestilización* (*transtylisation*) para bautizar el procedimiento de variación estilística en el que se basa *Exercices de style*, feliz amalgama, en realidad, de *parodia* temática y *pastiche* estilístico, las dos manifestaciones más evidentes de la «hipertextualidad» o literatura en segundo grado.

[6] Julio Cortázar, *La vuelta al día en ochenta mundos*, tomo I, 20ª ed., Madrid, Siglo XXI, 1984, pág. 170.

En el texto de Cortázar la sínquisis construye el sentido del relato, mientras que el ejercicio de Queneau se complace únicamente en el efecto de disparate que tiene el uso del artificio por sí mismo, como mero juego perturbador de la comprensión del mensaje.

Pero todo no se reduce, ni mucho menos, a estos juegos que pudiéramos considerar como simples formalismos. Por el contrario, *Ejercicios de estilo* ofrece un muestrario de los diversos registros comunicativos («Lettre officielle», «Vulgaire», «Paysan»...) con una ironía que no perdona nada: desde los vicios de dicción, muletillas, errores, hasta los lenguajes técnicos o especializados. Por supuesto, tampoco la propia literatura se iba a librar del sarcasmo y llega a parodiarse el propio afán escribidor («Maladroit»). A Queneau le divierte sobremanera la burla del lenguaje culto pedante («Ampoulé», «Apostrophe», «Modern style», «Précieux»...) aunque, por lo demás, los recursos para la elaboración de los diferentes «ejercicios» son de lo más diverso: a partir de un tema o campo semántico («L'arc-en-ciel», «Visuel»...), de frases hechas, conceptos gramaticales, modalidades poemáticas, parodias idiomáticas, etc.

Al cabo, contamos con un muestrario amplio y heterogéneo que desborda los límites de cualquier manual al uso de preceptiva estilística. Y el conjunto no se queda en el mero juego o exhibición formalista, pues, por el contrario, tras una lectura deliciosamente reiterativa y provocadora, nos queda la sensación de haber asistido a una visión inquietante de la «comedia humana» comunicativa. Con perpleja desazón los lectores nos hemos contemplado en un extraño espejo cóncavo que nos refleja como un «collage» de discursos, como un entrecruzamiento de «ejercicios de estilo» entre cuya algarabía balbuceamos y gesticulamos los que a nosotros mismos nos venimos considerando, no sin paradoja, ciudadanos contemporáneos. Pero antes de seguir comentando otros aspectos de *Ejercicios de estilo* conviene tratar, aunque sea brevemente, tanto de su autor como de las tareas del «Oulipo», el grupo del cual fue promotor y miembro destacado.

## Queneau

Raymond Queneau (El Havre, 1903-París, 1976) se formó, después de estudiar Filosofía, en el surrealismo, relacionándose más estrechamente con el grupo de la «rue du Chateau» (Prévert, Tanguy, Duhamel). Tras ejercer de empleado de banca, pasó a trabajar en la editorial Gallimard, de la que fue su secretario general a partir de 1936. Entre otras iniciativas editoriales de importancia, fue creador y director de la Encyclopédie de la Pléïade. Miembro electo de la Academia Goncourt, ofició, como era de esperar por su talante y obra, de Sátrapa Trascendente en el Colegio de Patafísica.

La personalidad y actividades de Queneau se caracterizan por un ingenio proteico e imaginativo poco común: promotor de toda clase de empresas culturales; letrista de canciones famosas; actor, guionista y realizador cinematográfico; traductor; dramaturgo; pintor... sus aportaciones más notables fueron en el terreno de la matemática, la poesía y la narrativa.

Entre más de quince novelas, citaremos unas cuantas como muestra. Ya en *Le Chiendent* (1933), su primer libro, se hallan muchos de los temas y maneras de su obra posterior. Una estructura compleja y cuidadísima acoge, con la impronta inconfundible de Faulkner o Joyce, meditaciones relacionadas con las filosofías de Platón, Descartes o Husserl. *Chéne et chien* (1937), subtitulada «novela en verso», es una autobiografía rimada, modalidad ciertamente nada usual en la narrativa contemporánea. En *Les enfants du Limon* (1938), de estructura tan abrupta como su primera novela, Queneau incrusta textos y datos biográficos de «locos literarios» —más tarde los llamará «heteróclitos»—. En realidad, se trataba del fruto de sus investigaciones eruditas destinadas a un proyecto

de *Enciclopedia de las ciencias inexactas* en el que había trabajado, desempolvando estantes de la Biblioteca Nacional, para rescatar peregrinas lucubraciones de pensadores franceses estrambóticos del siglo XIX sobre la cuadratura del círculo, Cosmología, Física, Filología, Historia o Mesianismo. Al no encontrar editor para tan singular antología, decidió convertirla en novela incluyendo el trabajo como textos recuperados por uno de los personajes, Chambernac, director de un pequeño liceo provinciano.

*On est toujours trop bon avec les femmes* (1947), se publicó con el seudónimo de Sally Mara —en curioso contraste con el llamativo título—, fingiendo tratarse de una traducción realizada por un imaginario Michel Presle, autor, asimismo, de una nota introductoria. Queneau siguió jugando al apócrifo en un *Journal intime* (1950), pretendida autobiografía erótica de la misma escritora irlandesa.

Pero el autor de *Exercices de style* (1947) parece buscar, con cada nueva novela, un tipo de lector distinto, en el extremo opuesto de aquellos narradores que parecen desarrollar a lo largo de su producción una sola obra. Por el contrario, cada aportación novelística de Queneau constituye una propuesta singular. *Le dimanche de la vie* (1952) narra, esta vez de forma absolutamente lineal, la vida sencilla de una pareja en la Francia de entre guerras. Su protagonista, Valentin Bru, personaje de un enigmático candor, es un soldado raso que acepta los requerimientos matrimoniales de la mercera Julia, monta una modesta tienda de marcos y llega a ejercer de pitonisa en sustitución de su mujer que, también ocultamente, había venido realizando tan singular actividad antes de sufrir un ataque de parálisis.

*Zazie dans le métro* (1959) es, sin duda, la obra más popular de su autor, llevada al cine por Louis Malle y convertida en un auténtico éxito de venta. Con la maestría lingüística que le caracteriza, Queneau relata las correrías parisinas de una precoz niña provinciana que lleva de cráneo a todo adulto que se encuentra en el camino. En *Les Fleurs bleues* (1965) Cidrolin, que vive en una gabarra, sueña ser el duque de Auge y éste, a su vez, sueña que es Cidrolin. Ambos se reúnen a comer, sin que quede claro cuál de los dos sueña que es el otro. El enigma nos recuerda aquella maravillosa historia de Chuang Tzu, rescatada por Herbert Allen Giles a finales del siglo pasado y popularizada por Borges: «Chuang Tzu soñó que era una mariposa y no sabía al despertar si era un hombre que había soñado ser una mariposa o una mariposa que ahora soñaba ser un hombre.» En la novela de Queneau épocas y ficción onírica se entretejen en una habilísima trama donde no faltan, incluso, dos caballos parlantes. La última novela, *Le vol d'Icare* (1968), cuyo título juega con el doble sentido que tiene en francés la palabra *vol* («robo» y «vuelo»), desarrolla una especie de pirandellismo al revés: un novelista contrata los servicios de un detective para recuperar los personajes que han escapado de entre las páginas de la obra que está escribiendo[7].

Como queda de manifiesto en *Ejercicios de estilo*, la producción de Queneau destaca por la feliz unión de ingenio, diversidad, amplitud de conocimientos y rigor. En ella conviven, inextricable y brillantemente, lo lúdico y lo serio, resaltando siempre un sorprendente dominio del lenguaje en todos sus registros y modalidades.

### «Oulipo» & La «Lipo»

En 1963, aprovechando una reedición ilustrada de *Exercices de style*, Queneau introduce algunas modificaciones significativas. Seis nuevos textos («Ensembliste»,

[7] Traducciones castellanas de las novelas citadas: *El problema*, trad. de Floreal Mazía, Buenos Aires, Losada, 1972; *Los hijos del viejo Limón*, trad. de Emma P. de Zappetini, Buenos Aires, Losada, 1970; *Siempre somos demasiado buenos con las mujeres*, trad. de José Escué, Barcelona, Seix Barral, 1982; *La alegría de la vida*, trad. de Carlos Manzano, Madrid, Alfaguara, 1984; *Zazie en el metro*, versión de Domingo Pruna, Barcelona, Plaza & Janés, 1961; íd., trad. de Fernando Sánchez Dragó, Madrid, Alfaguara-Bruguera, 1978; *El rapto de Icaro*, trad. de Idea Vilariño, Buenos Aires, Losada, 1973.

«Définitionnel», «Tanka», «Translation», «Lipogramme» y «Géometrique») sustituyen a otros tantos de la primera edición de 1947, aunque la irónica cifra total de noventa y nueve, permanece intacta[8]. Tres de los cambios corresponden a aportaciones genuinamente oulipianas («Définitionnel», «Translation» y «Lipogramme»).

El grupo *Oulipo*[9] (siglas de «Ouvroir de littérature potentielle», «Taller de literatura potencial») fue fundado en 1960 por François Le Lionnais, matemático apasionado por la literatura, y por el propio Queneau, devoto, a su vez, de la lucubración aritmética. Al grupo inicial, constituido por los promotores y por Jacques Bens, Claude Berge, Jacques Duchateau, Jean Lescure y Jean Queval, se sumaron posteriormente nuevos y destacados miembros, como Noel Arnaud, Georges Perec, Jacques Roubaud, Marcel Duchamp o Italo Calvino.

«Toda obra literaria —señala François Le Lionnais en la primera proclama oulipiana — se construye a partir de una inspiración (...) obligada a acomodarse, mejor o peor, a una serie de coerciones y procedimientos contenidos unos dentro de otros como muñecas rusas. Coerciones como el vocabulario y la gramática, como las reglas de la novela (división en capítulos, etc.) o de la tragedia clásica (regla de las tres unidades), coerciones de la versificación general, coerciones de las formas fijas (como en el caso del rondel o del soneto), etc.» Partiendo de este concepto de *contrainte* («coerción»[10]), los miembros del Oulipo se dedicarán principalmente a dos actividades: por una parte, a la búsqueda y recuperación de precursores (los «plagiarios por anticipación») y, por otra, al descubrimiento y estudio de posibilidades inéditas. Entre la amplia labor desarrollada en este último sentido contamos, por ejemplo, con las obras lipogramáticas de Perec, las rimas heterosexuales de Arnaud, las novelas isosintácticas de Queval, los sonetos irracionales de Bens, métodos diversos de transformación automática de textos, transposición al ámbito de la creación literaria de conceptos de las distintas ramas de la Matemática, investigaciones acerca de las posibilidades de la Informática, etc.

Pero, en realidad, tal y como dejaron muy claro sus miembros, el Oulipo no es un movimiento literario ni una escuela teórica o crítica, sino una especie de grupo de investigaciones de literatura experimental, cuyo propósito es proporcionar formas literarias susceptibles de promover creaciones novedosas. «Llamamos literatura potencial — precisa Queneau— a la búsqueda de formas, de estructuras —por emplear esta palabra que es un poco docta—, de estructuras nuevas que además puedan ser utilizadas por los escritores de la forma que les plazca»[11].

---

[8] Los seis «ejercicios» desaparecidos son: «Permutations par groupes de deux, trois, quatre et cinq lettres», «Permutations par groupes de neuf, dix, onze et douze lettres», «Réactionnaire», «Haï Kaï», «Féminim>, «Mathématique». Queneau cambió también los títulos de ocho textos: «Homéoptotes» («Homéotéleures»), «Passé simple» («Prétérit»), «Noble» («Ampoulé»), «Permutations de cinq, six, sept et huit lettres» («Permurations par groupes croissants de mots»), «Contre-vérité» («Antonyrnique»), «Latin de cuisine» («Macaronique») y «A peu pres» («Homophonique»). Véase Emmanuel Souchier, «Contribution a l'histoire d'un texte: *Exercices de style* ou: 99 histoires pour... une histoire», en *Queneau aujourd'hui*, París, Clancier-Guénaud, 1985, págs. 179-203.

[9] Sobre el Oulipo, pueden consultarse los siguientes trabajos: Oulipo, *La littérature potentielle (Créations, Re-créations, Récréations)*, París, Gallimard, 1973; Oulipo, *Atlas de littérature potentielle*, París, Gallimard, 1981; *La bibliotheque Oulipienne*, présenté par Jacques Roubaud, París, Slatkine, 1981 (se trata de los dieciséis primeros números de la colección de publicaciones del grupo); Paul Fournel, *Clefs pour la littérature potentielle*, París, Denoel, 1972; Jacques Bens, Oulipo, 1960-1963, París, Christian Bourgois, 1980 (son las actas de reuniones del grupo durante sus tres primeros años de vida); María Dolores Aguilera, «OU.LI.PO. La máquina de la infinita literatura», *Quimera*, núm. 15, enero, 1982, págs. 8-11; Italo Calvino, «Perec, gnomo y kabalista», *Quimera*, núm. 19, mayo, 1982, págs. 26-27; Eric Beaumatin, «Petite initiation aux travaux de l'Oulipo-Dossier-», *Actes. Premières journées Pédagogiques*, Madrid, Association de Professeurs de français de Madrid, 1986, págs. 7-25.

[10] Traduzco *contrainte* por «coerción», según la versión castellana que aparece en A. J. Greimas & J. Courtés, *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1982, pág. 58. «Le grand artiste — decía André Gide— est celui a qui l'obstacle sert de tremplin» («El gran artista es aquel a quien el obstáculo le sirve de trampolín»).

[11] R. Queneau, *Entretiens avec Georges Charbonnier*, París, Gallimard, 1972, pág. 140.

Además de sus numerosas aportaciones al trabajo del grupo, la obra oulipiana más destacada de Queneau es el libro *Cent mille milliards de poemes* (1961), cuya gestación tuvo que ver con la propia constitución del Oulipo. Tras un esfuerzo considerable y haciendo gala de paciencia y minuciosidad orientales, Queneau logró construir diez sonetos, confeccionados de tal manera que el lector, combinando las tiras hábilmente dispuestas en la encuadernación, puede llegar a componer, si logra sortear la muerte, el deterioro previsible o demás inconvenientes, hasta cien billones de poemas diferentes ($10^{14}$), que proporcionan —según constata su autor— lectura «para 190.258.751 años más algunas horas y minutos (sin tener en cuenta los años bisiestos y otros detalles)».

Por su parte, *Ejercicios de estilo* supuso, con trece años de anticipación, un verdadero muestrario precursor de las tareas oulipianas. No es de extrañar, por lo tanto, que en la edición definitiva se interpolasen tres de los procedimientos de manipulación textual más practicados por el Oulipo: el lipograma, el S + 7 y la literatura definicional.

*Literatura lipogramática*

El lipograma no es un invento oulipiano, aunque sí podemos afirmar que el Oulipo ha resucitado, popularizándolo, tan pintoresco y antiquísimo artificio. Como poco, remonta su tradición al siglo VI a. de c., cuando Laso de Hermione suprimió la sigma en su «Oda a los centauros» y en un «Himno a Démeter», del cual sólo se ha conservado el primer verso. Más tarde, Néstor de Laranda, ya en el siglo III de nuestra era, batió todo un récord al reescribir la Ilíada, eliminando la (α del primer canto, la β del segundo... y así hasta acabar con las veinticinco letras del alfabeto y los correspondientes cantos de la epopeya homérica.

En castellano, contamos con un ilustre lipogramatista, Alonso de Alcalá y Herrera, que publicó, en un volumen en octavo, cinco novelas cortas de tema amoroso, en cada una de las cuales se elimina una de las cinco vocales[12]. Aunque fue tanto el esfuerzo que el artificio lipogramático requería que, unido a los retoricismos culteranos, consiguió textos ciertamente extravagantes. Veamos, a título de ejemplo, los malabarismos expresivos en los que se deleita al describir el rostro de la protagonista de «Los dos soles de Toledo»:

> (...) pero en el hermoso rostro y frente tres misteriosos vergeles o peregrinos pensiles vio de flores entretejidos de rosicler y nieve, divididos con un sublime y lindísimo retrete de olor, en excelente proporción de relieve de nieve hecho, y de multitud de flores de los colores mismos, con gentil primor compuesto. Los perfectísimos y menudos dientes, entre el diviso y odorífero rubí (divino y precioso joyel) vistos, los juzgó hechos de lo mismo que en el cielo el sol y que, sentido Cupido de ver los de Venus y los suyos inferiores, se cubrió y vendó de vergonzoso los ojos por no verlos[13].

[12] *Varios / effetos / de amor / en cinco novelas / exemplares. / Y nuevo artificio de es- / creuir prosas, y versos sin vna de las / cinco letras vocales, excluyendo / Vocal differente en cada / Novela*, Lisboa, Manuel da Sylva, 1641. Las cinco novelas son: «Los dos soles de Toledo, sin la letra A», «La carroza con las damas, sin la letra E», «La perla de Portugal, sin la letra I», «La peregrina ermitaña, sin la letra O» y «La serrana de Sintra, sin la letra U». «Los dos soles de Toledo» se ha publicado incluida en *Novelas amorosas de diversos ingenios del siglo XVII*, ed. de Evangelina Rodríguez Cuadros, Madrid, Castalia, 1986, págs. 201-231. Aunque, curiosamente y para desmedro lipogramático del esforzado Alonso de Alcalá, en esta reciente edición se desliza un «ánimo» (pág. 224) donde el texto original dice «logro» (fol. 23r).
La Biblioteca Nacional también conserva otra obra excéntrica de Alonso de Alcalá: Iardim/Anagrammatico, Lisboa, Na Officina Craesbekiana, 1654. Se trata de un conjunto de poemas anagramáticos en portugués, castellano y latín, de tema hagiográfico. De tan peregrino literato sólo he podido encontrar los datos que proporciona Domingo García Peres en su *Catálogo razonado y bibliográfico de los autores portugueses que escribieron en castellano*, Madrid, Imprenta del Colegio Nacional de Sordo-mudos y de Ciegos, 1890: «De procedencia castellana. Nació en Lisboa a 12 de septiembre de 1599, y en la misma murió a 21 de noviembre de 1862. Se ignoran las circunstancias de su vida; fue hombre de estudio y agudo ingenio, de los que abusó hasta la exageración y extravagancia, como lo prueba en la primera de las tres obras que escribió» (pág. 16).

[13] Ob. cit., fol. *5r*.

Ya en nuestra época, merecen mención especial los logros lipogramáticos de Georges Perec. En *La disparition* (1969) escribe una novela policíaca en la que, a lo largo de más de trescientas páginas, consigue evitar la letra *e*, la más frecuente en francés. La «desaparición» no es otra que la de esta vocal y para lograrlo el autor recurre a una lógica hilarante, amén de a acrobacias gramaticales (como la eliminación de infinitivos), léxicas y ortográficas. Algún crítico despistado reseñó el libro tomándolo únicamente por una novela policíaca estrambótica, sin advertir el recurso que le daba sentido. Tres años después, Perec extremaba aún más su artificio lipogramático con *Les revenents*, donde sólo se emplea la e y desaparecen todas las vocales restantes. En este caso, como no podía ser menos, son incesantes las manipulaciones ortográficas sin que, empezando por el propio título de la obra, puedan pasar inadvertidas hasta para el lector menos avisado.

*S + 7*

Uno de los hallazgos más apreciados por los oulipianos es el método de transformación de textos denominado S + 7, descubierto por Jean Lescure y utilizado por Queneau en el ejercicio de estilo titulado «Translation». Precisamente, Gérard Genette ha propuesto que se bautice más cristianamente a esta operación como «translación léxica». Se trata de un procedimiento sumamente sencillo, aunque laborioso, de producción textual. Consiste en partir de un texto base, literario o no, y, con la ayuda de un diccionario, reemplazar en él cada sustantivo (S) por el séptimo (+7) que se encuentre en el diccionario elegido contando a partir del sustantivo. Los dos términos de la fórmula pueden variar, de manera que S puede ser sustituido por V (verbo), A (adjetivo), Ad (adverbio)... y en lugar de 7 podemos optar por otra cifra cualquiera. S + 7 sólo es una posibilidad entre muchas de la fórmula general P + *n* o P - *n*. Por supuesto, también se pueden realizar en un mismo texto combinaciones múltiples (S + A + V - *3*, por ejemplo). Pero conviene tomar alguna precaución:

*a*) cuando el sustantivo cambia de género, se recomienda efectuar los ajustes gramaticales necesarios;
*b*) si el texto contiene el último sustantivo del diccionario. elegido, es obligatorio retomar el diccionario desde el principio;
*c*) si el sustantivo no se encuentra en el diccionario, se elige el primero que se encuentre tras el lugar donde debería hallarse.

La transformación del texto ha de realizarse con absoluta honestidad y rigidez, aplicando el método escogido de forma absolutamente mecánica, sin manipulación ulterior. Una posible variación muy interesante consiste en cambiar el instrumento auxiliar. Puede trabajarse con los diccionarios más pintorescos, léxicos especializados o, por ejemplo, buscar las palabras en un diccionario español-tagalo y realizar el S + 7 en la parte tagalo-español. También podemos utilizar, en vez de un diccionario, otro libro: la *Biblia*, el *Corán*, *El Capital*, la *Crítica de la razón pura*, *Camino*, *Los ciento veinte días de Sodoma*..., en cuyo caso se selecciona el séptimo sustantivo del texto, después el 14, luego el 21, el 28, el 35, el 42, el 49, etc. Por su parte, Italo Calvino realizó un S + 7 confeccionado ingeniosamente con un diccionario de personajes y un repertorio clásico de anécdotas. Y Borges, en su célebre «Pierre Menard, autor del Quijote», practica un insuperable S + *n* en el que n = 0. Como ejemplo ilustrativo, ofrezco un S + 7 sobre un texto archiconocido:

> En la prisa creó Dipsómano el cientopiés y las tijeretas. Pero las tijeretas eran confusión y vacío; había tintorerías por encima de la ablución y el esplín de Dipsómano estaba planeando por encima de los aguijones. Entonces dijo Dipsómano: «Que haya labio» y hubo labio. Vio Dipsómano que el labio era

bueno y separó el labio de las tintorerías. Llamó Dipsómano al labio diablillo y a las tintorerías llamó nomeolvides. Atardeció y amaneció: diablillo primero.

Dijo entonces Dipsómano: «Que haya un fisgón en medio de los aguijones y que él esté separando los aguijones de los aguijones». Y fue así. Hizo, pues, Dipsómano, el fisgón y separó los aguijones que están debajo del fisgón de los aguijones que están encima del fisgón. Llamó Dipsómano al fisgón cientopiés. Atardeció y amaneció: diablillo segundo.

Dijo entonces Dipsómano: «Que se amontonen los aguijones de debajo del cientopiés en una sola lujuria y que aparezca la secta». Y fue así. Llamó Dipsómano a la secta tijeretas y al amontonamiento de los aguijones llamó marca.

Vio Dipsómano que estaba bien. Dijo entonces Dipsómano: «Que las tijeretas broten higo, higo que produzca simpatía y arcabuces frutales que den fuerza según su espectro con su sémola dentro de sí, sobre las tijeretas». Y fue así[14].

### *Literatura definicional*

De acuerdo con este otro procedimiento oulipiano, SI sustituye en un texto determinado cada palabra significativa (verbos, sustantivos, adjetivos, adverbios en -mente) por su definición en el diccionario y se repite la operación. De esta forma, una frase de seis palabras puede originar un nuevo texto con casi 180 palabras tan solo después de tercer tratamiento. Veamos un ejemplo del propio Queneau: la transformación definicional del enunciado «El gato ha bebido la leche»:

*El gato* HA BEBIDO la leche.

* * *

*El mamífero carnívoro digitígrado doméstico* HA TRAGADO un líquido blanco, de sabor dulce producido por las hembras de los mamíferos.

* * *

*Quien tiene tetas, come carne, camina sobre la extremidad de sus dedos y pertenece a la casa* HA HECHO DESCENDER POR El GAZNATE AL ESTÓMAGO un estado de la materia sin forma propia, del color de la leche, de impresión agradable al órgano del gusto y procurado por los animales del sexo femenino que tienen tetas.

* * *

*Quien tiene órganos glandulosos propios para la secreción de leche, que mastica y traga la carne de los animales terrestres, de los pájaros y de los peces, que cambia de sitio desplazando sus pies uno tras otro sobre el extremo de las partes móviles en que acaban las manos y los pies y que atañe a la construcción destinada a la habitación humana* - HA HECHO IR DE ARRIBA HACIA ABAJO POR LA PARTE INFERIOR DEL CUELLO A LA VÍSCERA MEMBRANOSA EN LA QUE COMIENZA LA DIGESTIÓN DE LOS ALIMENTOS una forma de ser de la sustancia extensa sin pertenecerle exclusivamente configuración exterior, de la impresión que produce en el ojo la luz del líquido blanco, de sabor dulce producido por las hembras de los mamíferos, de un efecto que gusta en la parte del ser organizado destinada a cumplir la fundición de discernir los sabores y obtenido por los seres organizados y dotados de movimiento y de sensibilidad y cuyas diferencias físicas y constitutivas pertenecen a las hembras que tienen órganos glandulosos destinados a la secreción de leche[15].

### *Logo-rallye*

[14] El diccionario empleado para este S + 7 ha sido el de Joseph G. Fucilla, *Concise Spanish Dictionary Spanish-English and English-Spanish*, Londres, George G. Harrap & Co., 1948. El texto base son, obviamente, los once primeros versículos del Génesis en la siguiente traducción: *La Sagrada Escritura, texto y comentario por profesores de la Compañía de Jesús*, Antiguo Testamento, tomo 1, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1967, págs. 26-30.

[15] Oulipo, *La littérature potentielle*..., págs. 119-120.

Otro de los juegos quenaunianos que proporciona *Ejercicios de estil*o es el «logo-rallye»: escribir un texto introduciendo en un orden preciso las palabras de una lista determinada de antemano.

En realidad, el «logo-rallye» sólo tiene interés si las palabras designan realidades suficientemente alejadas entre sí para que no puedan ser utilizados todos los términos propuestos en una frase o dos nada más. En una variante del juego puede extraerse la lista de palabras a partir de una página ya escrita por un autor: como ejemplo práctico, propongo al lector que realice un «logo-rallye» con los siguientes vocablos extraídos de un texto de Elías Canetti[16]:

**CIERTA-PELDAÑOS-HOY-PAPA-DESEAR-INSECTOS.**

Otra variante consiste en el «logo-rallye» con suspense: alguien escribe las palabras en papelitos que se escogen al azar, de uno en uno, antes de comenzar cada frase. Como siempre, habrá que luchar por conseguir el texto más coherente e ingenioso posible. En suma, el «logo-rallye», como todos los juegos de este tipo, tiene tantas variantes como se desee: por ejemplo, también pueden extraerse las palabras del ejercicio a partir de textos especiales, como léxicos o diccionarios.

*Contrepèterie*

Pero no todos los juegos que propone Queneau son de su cosecha o del Oulipo, pues también recoge artificios tradicionales como, por ejemplo, la *contrepéterie* o *contrepetterie* (de «contre» y «péter»: «peer, ventosear», en el sentido de emitir un sonido). Consiste en un aparente lapsus de inversión de letras o sílabas de un conjunto de palabras por lo general ridículo o irreverente («Un sot pâle» en vez de «Un pot sale»; «Un chapeau de roses» en lugar de «Un rapeau de choses»; «Les épaules de Saint Pitre» por «Les epîtres de Saint Paul»; aquel actor que declamó «Trompez sonnettes» cuando debía haber dicho «Sonnez, trompettes»...).

La *contrepèterie* (que en inglés recibe el nombre de «spoonerism» por el reverendo oxoniense W. A. Spooner, verdadero campeón de la trabucación), tiene una brillante e ininterrumpida tradición en francés. Ya en Rabelais (*Pantagruel*, capítulo XVI) encontramos una de las más clásicas y felices: «... car il disoit qu'il n'y avoit qu'un antistrophe entre femme folle à la messe et femme molle à la fesse» («... porque decía que sólo había una antistrofa entre "mujer loca por la misa" y "mujer fofa de nalgas"»). Hasta llegar al surrealismo, que no podía ser ajeno a tales juegos de palabras y, así, Prévert transforma la famosa frase «Partir, c'est mourir un peu» en «Martyr, c'est pourrir un peu».

Pero si la nueva palabra no ofrece ninguna inteligibilidad, sólo se trata, en realidad, de una pseudo-*contrepèterie*, un mero farfulleo o batiburrillo léxico. Por ejemplo, cuando un personaje del *Ulises* exclama «Damn clever» (podríamos traducir «Indenadamente congenioso», «Endemoniadagente intelimente», «Lerriblemente tisto», etc.) en lugar de «Clamn dever» («Terriblemente ingenioso»)[17]. Con estas metátesis que simulan *lapsus linguae* («la fourche m'a langué», paralela al castellano «que la traba se me lengua»), el juego se reduce a mecanismos puramente formales. En su ejercicio de estilo titulado «Contre-petteries» Queneau construye, como señala Denise François[18], falsas *contrepèteries*: «Un mour vers jidi, sur la fate-plorme autière...», lo cual, sin embargo, hace que para la versión castellana sea más fácil la correspondencia, porque el castellano

[16] El texto de Canetti lo he colocado en la nota número 34, última de este prólogo. Debe leerse sólo después de haber realizado el «logorallye» con las palabras propuestas.

[17] J. Joyce, *Ulysses*, 9." ed., Londres, The Bodley Head, 1968, pág. 174.

[18] Denise François, «Le Contrepet», *La Linguistique*, núm. 2, 1966, págs. 31-32.

no se presta al auténtico «contrepet», aunque sí contamos en nuestro folklore con ejemplos de pseudo-contrepèteries. Ya el maestro Gonzalo Correas cita «Borracha está la ladra, tres días ha que no perra»[19] y Agustín Aguilar recogió una «copla trastocada» que utiliza el mismo artificio:

> Ahora que los ladros perran,
> ahora que los cantos gallan,
> ahora que, albando la toca,
> las altas suenas campanan,
> y que los rebuznos burran,
> y que los gorjeos pájaran,
> y que los silbas serenan,
> y que los gruños marranan,
> y que la aurorada rosa,
> los extensos doras campa...[20]

## LA LITERATURA INCÓMODA

*Ejercicios de estilo* pertenece a una región sumamente peculiar del planeta literario sin denominación concreta. Marcial hablaba en uno de sus epigramas de «literatura intrincada» y de «bagatelas difíciles» («nugae difficiles»)[21], refiriéndose a un tipo de composiciones estrambóticas muy frecuentadas en su tiempo. Ernst Robert Curtius, al citar algunos ejemplos, los incluye como artificios sistemáticos «manierismo formal»[22]. Pero, en realidad, los escasos eruditos que se han interesado por el tema han empleado siempre expresiones inconcretas, como «filología recreativa», «pasatiempos filológicos», «divertimientos retóricos», «juegos de ingenio», etc. Por su parte, uno de los raros estudiosos del tema en nuestro país, que intentó reivindicar toda esta literatura excéntrica, la llamó «esfuerzos del ingenio literario literario», aunque quizás el apelativo más acertado sea el de «literatura extravagante»[23], utilizado por Agustín Aguilar.

En cualquier caso, dado que esta zona periférica del sistema literario carece de denominación precisa, a falta de otro apodo más ocurrente, hablaremos de «literatura de la incomodidad». Si Matisse abogó por un arte «de tout repos», análogo a un confortable sillón, en el extremo opuesto tendríamos la literatura incómoda en la que el escritor parte, ya de entrada, de un reto a su ingenio y minuciosidad. Y aunque no hay empresa literaria que no arranque la de «incomodidad», de la «coerción», en el caso que nos ocupa se extreman los elementos inconfortables. Como cualquier etiqueta, también este concepto de la incomodidad literaria vendría a ser un cajón de sastre en el que podríamos incluir las obras de talante más dispar: cabrían en él sonetos de Góngora, aforismos de Gracián, capítulos de *Rayuela*, *Tres tristes tigres* o *Larva*, y, por supuesto, el *Ulysses* joyceano, máximo clásico de la incomodidad literaria contemporánea. Pero conviene ceñir la

---

[19] Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), ed. de Louis Combet, [Lyon], Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines de l'Université de Bordeaux, 1967, págs. 359-360.

[20] «La serenata», en Agustín Aguilar y Tejera, Las poesías más extravagantes de la lengua castellana..., Madrid, V. H. Sanz Calleja, [s.a.], pág. 169. Cfr. con el poema que comienza «Tengo los tiesos tan dedos que hasta los tiemblos me piernan...» (José Giménez, *Florilegio de literatura excéntrica*, Valencia, Cosmos, [s.a.], pág. 127). Por su parte, José María Iribarren recogió alguna de estas composiciones populares que denomina «coplas trastocadas»; por ejemplo: «Asómate a la vergüenza, / cara de poca ventana, / y échame un poco de sed, / que me estoy muriendo de agua.» (José María Iribarren, *El porqué de los dichos. Sentido, origen y anécdota de los dichos, modismos y frases proverbiales de España con otras muchas curiosidades*, Madrid, Aguilar, 1955, pág. 278.)

[21] «Turpe est difficiles habere nugas / et stultus labor est ineptiarum» (Marcial, *Epigramas*, libro n, 86, vv. 9-10): «Es ridículo dedicarse a bagatelas intrincadas / y estúpido afanarse en fruslerías.»

[22] Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, 2ª reimpresión, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1976, cap. X 3, págs. 397 y sigs.

[23] León María Carbonero y Sol y Merás, *Esfuerzos del ingenio literario*, Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1890.

significación del adjetivo «incómodo» y aplicarlo solamente a aquella literatura que se propone, de forma que tiende a ser exclusiva, el mero desafío retórico o la pirueta combinatoria como tal.

La obra incómoda, en este sentido más estricto del término, intensifica al máximo su talante lúdico, lo cual significa, como es necesario en todo juego, que éste se lleve a cabo con absoluta seriedad. Por otra parte, tales obras se caracterizan por una conciencia explícita del móvil de la escritura, del propósito generador de la labor dificultosa. Mientras que el resto de literatos acostumbra a ser ajeno a la plena conciencia de sus propósitos, el autor de una obra incómoda, al igual que quien se propone realizar un ejercicio deportivo o cirquense, puede llegar a reducir el motivo y el mérito de su trabajo a la mera consecución de la dificultad propuesta previamente. Nos hallamos en el terreno de lo lúdico y, lo mismo que en una proeza acrobática, lo importante es la superación airosa de un obstáculo intrincado. Cuando Quevedo decide construir un poema amoroso en que todas las palabras comiencen con la letra *a*, no sólo está añadiendo una dificultad suplementaria a las tradicionales coerciones del soneto (endecasílabos, dos cuartetos, dos tercetos, rima en consonante, esquema expositivo...), sino, ante todo, condicionando la realización del conjunto a la superación ingeniosa de la coacción previamente impuesta. Cualquiera de los otros sonetos quevedianos responde a una relación dialéctica entre esquemas previos y soluciones particulares logradas, pero en el caso del «soneto incómodo» al que me refiero[24], la consecución de la pirueta se convierte en la justificación fundamental del poema. La dificultad es un fin en sí mismo, no sólo un medio o un recipiente para lograr una trascendencia simbólica o un mensaje emotivo. Quevedo se ha propuesto la escritura de un tautograma (así se les llama a las composiciones en las que todas las palabras comienzan por la misma letra), y no es pertinente que le exijamos otro tipo de cualidades transcendentales.

La literatura incómoda no sólo rechaza la invisibilidad del soporte expresivo, sino que se caracteriza por el exhibicionismo de sus esquemas y propósitos. En la «Epístola moral a Fabio» —por citar una obra que podría ser cifra de la perfección expresiva clásica — el endecasílabo o los tercetos fluyen como respiración del castellano áureo. En *Ejercicios de estilo*, por el contrario, se exhiben, con impúdico retoricismo, los aspectos más tecnicistas del arte literario. De la misma forma, la proyección del mundo íntimo y personal del autor o del lector se reduce en la obra incómoda a su mínima expresión. Inútil buscar esa ficción de espejo de papel que posee el resto de literatura. Se evita intencionadamente la capacidad mítica del arte. Tal vez por eso mismo los mejores exponentes de literatura inconfortable pueden cumplir, como lo hace la obra de Queneau, un papel desmitificador del propio hecho literario.

Es cierto que, en su mayor parte, los escritores incómodos se afanan en labores similares a las de quienes entretienen sus ocios esculpiendo un belén en un piñón, confeccionando la maqueta de una catedral con mondadientes o introduciendo un bergantín en una botella, pero *Ejercicios de estilo* es literatura incómoda de notable calidad, no mero pasatiempo. En realidad, constituye uno de los hitos del género: parte de un propósito radicalmente inconfortable —conseguir la acumulación de variaciones sobre un asunto insignificante— y logra construir una brillante antología de «coerciones», clásicas y novedosas, desde el lipograma al texto definicional, pasando por el soneto y el telegrama.

*Ejercicios de estilo* es un libro sin mítica posible o, mejor dicho, se sitúa en los antípodas de esa mítica necesaria para que una obra cobre apariencia de inmortalidad o de trascendencia. Para ello se requieren personajes literario capaces de sugestionar, temas patéticos o una biografía pintoresca del escritor. *Ejercicios de estilo* ignora cualquiera de estos aspectos u otros similares: la historia no puede se más trivial, los

[24] «Celebra a una dama poeta, llamada Antonia», en F. de Quevedo, *Obra poética*, Edición de José Manuel Blecua, tomo 1, Madrid, Castalia, 1969, pág. 512.

personajes más planos y, para colmo, no encontramos con la ausencia de «suspense» o clímax, pues, por el contrario, uno de los efectos que persigue la obra es la comicidad conseguida a través de la acumulación. Se trata de un inventario de «coerciones» retóricas. La habilidad del autor para superar el desafío nos sorprende una y otra vez (en realidad, noventa y nueve veces, aunque podrían ser mil y una). No es ajeno todo esto a ese talante desmitificador al que me acabo de referir y que, en mi opinión, es una de las cualidades más señaladas del libro. Su desenfadada ausencia de mítica propicia la ironía y la socavación de los tópicos inveterados que podrían compendiarse en esas dicotomías tradicionales entre fondo/forma, serio/cómico, escritura/literatura, teoría literaria/práctica de escritura, sentimiento/expresión, etc... En realidad, excepto en los libros sagrados —como autobiografía de la divinidad que dicen ser— toda literatura es, al cabo, ejercitación estilística para la inacabable tarea de expresar lo inefable. Aunque en última instancia, la *Biblia*, el *Corán*, las obras que se pretenden inspiradas, también nos demostrarían que no son ajenas a los placeres del estilo... ¿acaso no constan los Evangelios de cuatro ejercicios estilísticos sobre el mismo tema?

## JUEGO y PRÁCTICA DE ESCRITURA

Otra de las deleitables paradojas de *Ejercicios de estilo* es su carácter de «desliteratura». Por supuesto, como no podía ser de otro modo, se trata de literatura hecha y derecha, pero juega con la ficción de ser proyecto de literatura, ejercitación, borrador, literatura haciéndose ante el lector. Nos hallamos en pleno dominio de lo que Johan Huizinga llamaba, en su clásico estudio, el *homo ludens*. Lo cual no deja de chocar con las concepciones más tradicionales de la seriedad literaria. «Preocupada únicamente —apostilla Georges Perec— por sus grandes mayúsculas (la Obra, el Estilo, la Inspiración, el Genio, la Creación, etc.), la historia literaria parece ignorar deliberadamente la escritura como práctica, como trabajo, como juego[25]». Pero, de tiempo en tiempo, surgen aportaciones que contradicen flagrantemente los prejuicios establecidos y, en este sentido, no cabe duda de que la obra de Raymond Queneau pertenece a esa gloriosa estirpe de desmitificadores entre cuyos miembros más destacados hay que citar a François Rabelais, Laurence Sterne y Raymond Roussel. Tampoco hay que olvidar que, en cierta forma, las obras más señaladas de la literatura moderna suponen cuestionamientos distintos sobre la propia esencia de lo literario[26].

Por otra parte, como señala Emmanuël Souchier, *Ejercicios de estilo* es todo un manifiesto, aunque no se anuncie como tal: «El descubrimiento es simple, pero importante: no se trata de proclamar el papel de lo histórico o de político en la escritura; se trata de hacer y de hacer hacer, de escribir y de hacer escribir. En la pluralidad de las fuentes de enunciación, el lector desempeña, al fin, a la vista a sabiendas de todos, el papel que nunca debería haber dejado de desempeñar: se convierte en «écriverom» («escribidor»)[27]. De ahí la importancia que, en relación con este carácter de manifiesto de

[25] Georges Perec, «Histoire du lipogramme», en Oulipo, *La littérature potentielle*..., pág. 79.

[26] «Partí de un incidente real y lo conté, primero doce veces de forma diferente; luego, un año más tarde, volví a hacer otras doce, y, finalmente, fueron noventa y nueve. Se ha querido ver en ello una tentativa de demolición de la literatura, lo cual no era en absoluto mi intención, en todo caso mi intención era sólo hacer unos ejercicios; el resultado es quizás desoxidar la literatura de sus diversas herrumbres, de sus costras. Si hubiese contribuido un poco a eso, estaría orgulloso, sobre todo si lo he hecho sin aburrir demasiado al lector» («Conversation avec Georges Ribemont-Dessaignes» en Raymond Queneau, *Bâtons, chiffres, lettres*, París, Gallimard, 1965, págs. 43-44.)

[27] E. Souchier, «Contribution...», pág. 200. «Entiendo por *literatura* —dijo en una memorable ocasión Roland Barthes— no un cuerpo o un serie de obras, ni siquiera un sector de comercio o de enseñanza, sino la grafía compleja de las marcas de una práctica, la práctica de escribir. («Lección inaugural de la cátedra de semiología lingüística del Collège de France», en *El placer del texto*, 4. a ed., México, Siglo XXI, 1982, pág. 123).

escritura, tiene el ejercicio titulado «Maladroit» («Torpe»), y dentro de él la frase «c'est en écrivant qu' on devient écriveron» (parodia de la sentencia «c' est en forgeant qu' on devient forgeron») y que en castellano resignado he traducido por «*la práctica* de escritura *hace maestro* en literatura». Podemos decir que *Ejercicios de estilo* es un manifiesto, aunque un manifiesto impregnado, como acabamos de comprobar, por la distancia de ironía.

Justamente por su talante lúdico, por su maestría desliteraturizadora, la obra supone una verdadera invitación al lector para que rehaga o complete, a discreción, los textos y, sobre todo, para que continúe lo que el autor propone. Lo cual responde plenamente a las directrices del grupo Oulipo, que también propuso, entre otras cosas similares, la constitución de un «Instituto de Prótesis Literaria» para reformar, rehacer y mejorar las obras ya consagradas. Y consciente de que su trabajo requería, por sus propias características, una continuidad, Queneau añadió en la edición ilustrada de 1963, un anexo con una amplia lista de otros ejercicios de estilos posible» (véase el «Anexo» de esta introducción).

No es de extrañar, por lo tanto, que *Ejercicios de estilo* haya dado pie a las más diversas recreaciones: un disco[28]; películas, los ejercicios tipográficos de Faucheaux y de Massin, las estupendas ilustraciones de Carelman... pero, ante todo, quiero destacar el enorme rendimiento didáctico que el libro ha tenido en Francia, por tratarse de una verdadera mina para cualquier labor de creación literaria. Por fortuna, cada día van quedando más lejos de nosotros las enseñanzas lingüísticas y literarias reducidas a la exhibición de discursos magistrales del profesor o del manual, en las que se estudiaba teoría lingüística y gramática a palo seco, sin practicar de ninguna manera la propia lengua, o donde se discurseaba sobre historia literaria (fechas, títulos, plantillas de comentario de textos...) lejos de los placeres de la lectura o de la invención literaria. En los últimos tiempos, aunque todavía nos quede un largo trecho por recorrer, se han ido afianzando en nuestro país propuestas que contemplan la clase de lengua y literatura también como un «taller» de escritura y manipulación del lenguaje. Y, en este sentido, tanto los trabajos oulipianos como muy especialmente *Ejercicios de estilo* suponen, no sólo un material sumamente estimable para el análisis, sino verdaderos filones de pautas y estímulos.

## CASTELLANIZAR A QUENEAU

En mi versión he procurado evitar, ante todo, cualquier tentación de querer enmendarle la plana al propio Queneau completando o proponiendo soluciones alternativas cuando no era necesario. Lo cual no resulta fácil en una obra que en todos los sentidos está invitando a la colaboración del lector. Pero los precedentes de las traducciones inglesa, alemana e italiana suponían sendos estímulos alentadores[29].

Unos sesenta «ejercicios» no plantean más problemas que los propios de cualquier traducción («Notations», «En partie double», «Litotes», «Métaphoricament»...). El grupo de textos basado en diferentes manipulaciones con letras, sílabas, morfemas o palabras («Aphéreses», «Apocopes», Syncopes», «Permutations», «Prostheses»...) únicamente requería realizar una operación idéntica a la de Queneau con el texto correspondiente en castellano. En dos casos «Hellénismes», «Macaronique») se trataba de introducir mínimas correcciones imprescindibles en una versión nuestra lengua: así, «eiusdem

[28] Disco editado en 1954 por Phillips, cuyos intérpretes eran Yvee Robert y los Frères Jacques. Compuso la música Pierre Philippe. Véase una reseña de este «long-play» escrita por Boris Vian, incluida en *Derrière la zizique*, París, Christian Bourgois, 1976, págs. 107-108.

[29] *Exercices in Style*, trad.: Barbara Wright, Londres, Gaberbocchus, 1958; 2ª ed., Londres, John Calder, 1979; *Stilübungen*, trad.: Ludwig Harig y Eugen Helmlé, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1961; *Esercizi di stile*, trad.: Umberto Eco, Turín, Einaudi, 1983.

farinae» («de la même farine») pasa a «eiusdem calagniae» o «estofae». Un grupo de ejercicios (como «Botanique» o «Gastronomique») necesitaban ser parcialmente recreados porque las frases hechas francesas relacionadas con el correspondiente campo semántico no tenían paralelo directo en castellano. En lo que respecta a parodias literarias sobre distintas modalidades poemáticas («Alexandrins», «Sonnet», «Ode», «Tanka») he optado, excepto en el caso de la «Ode», por una versión libre —incluidos los guiños machadorrubenianos de los alejandrinos— intentando que no se perdiese la vivacidad del original.

Finalmente, nos encontramos con aquellos textos —casi una veintena— que era imprescindible recrear prácticamente de cabo a rabo, aunque siempre he tratado de hacerlo sobre un texto lo más similar posible al que presenta Queneau. En realidad, sólo me he guiado por un criterio exclusivamente personal en el caso de los «Italianismes» de la edición original. Como los italianismos me parecían absolutamente romos en nuestra lengua, consideré inevitable introducir un ejercicio sobre «Galicismos» para no modificar el número total de noventa y nueve.

Dos textos merecen comentario particular: el «Loucherbem» y el «Javanais». El loucherbèm[30] (de boucher > louche [r] b-èm) es el «largonji» —argot— más vivo socialmente en París. El procedimiento de un «largonji» consiste en que la consonante inicial de palabra o una consonante doble (tr, pr) es remplazada por una *l* y trasladada al final, palabra: jargon> largon > largonji. La jerga en -*bème*, característica en un principio de los muchachos carniceros, de La Villette o de Vaugirard, añade al procedimiento general del largonji una sufijación peculiar en -*èm*. Aunque en los argots cualquier esquema canónico es relativamente raro en la práctica y así, por ejemplo, Queneau introduce en su «Loucherbem» diversas licencias argóticas. Obviamente todo esto era intraducible en castellano, y no me quedó más opción que construir un «Pasota» —la imprecisión de este apelativo tan tópico me desagrada— como caricatura un tanto sainetesca del argot del «rollo».

Por su parte, el «javanais» es un procedimiento argótico de deformación sistemática de las palabras, por medio del cual un infijo en *av* se incrusta entre la consonante y a vocal de la primera o de cada sílaba: grosse > gr-av-os-se > gravosse. Al parecer, data de mediados del siglo pasado y, desde un origen delincuente o escolar, se difundió con rapidez hasta convertirse en divertimiento clásico de los «boulevardiers». El apelativo de este truco argótico pudo originarse a partir de la conjugación del verbo avoir: j'ai > j'avais > j'av-av-ais, que se relaciona con el nombre de la isla de Indonesia. En un estudio ya clásico sobre el tema de los argots, Rafael Salillas[31] hablaba de «formas de disimulo» y, por su parte, el lingüista italiano Bernardino Biondelli[32] trató, en una de las raras disquisiciones sobre el tema, de lo que llamaba «lingue di trastullo» («lenguas de entretenimiento»). Los procedimientos de estas jergas son muy diversos: desde la inversión del orden habitual de las sílabas (*vesre*) a la interposición entre éstas de algunas sílabas convencionales que pueden variar a capricho. Entre los procedimientos posibles, para una versión del «Javalais» queneauniano, he escogido el lenguaje tradicional en «ti» de los juegos infantiles españoles.

La exigencia de lo que he imaginado yo como literalidad bien entendida me ha llevado, a veces, a soluciones que, paradójicamente, pueden parecer meros caprichos. Pondré tres ejemplos. En «Onomatopées», Queneau incrusta, de sopetón, un paréntesis con las palabras de Orestes en la escena quinta del quinto acto de la Andromaque raciniana: «Pour qui sont ces serpents qui sifflent sur vos têtes?». Se trata del ejemplo

[30] Véase Pierre Guiraud, *L'argot*, 8a ed., París, Presses Universitaires de France, 1980, págs. 67-68 y Jacques Cellard & Alain Rey, *Dictionaire du français non conventionnel*, París, Hachette, 1980, págs. 470-471 y 487.

[31] Rafael Salillas, «Teoría y caracteres de la jerga», en *El delincuente español. El lenguaje (estudio filológico, psicológico y sociológico) con dos vocabularios jergales*, Madrid, Victoria no Suárez, 1896, pág. 24.

[32] Bernardino Biondelli, «Origine, diffusione ed importanza delle lin:ue furbesche», en *Studi linguistici*, Milán, Giuseppe Bernardoni di Gio, 856, págs. 105-120.

tópico de los manuales franceses para explicar la aliteración. Me pareció absurdo traducir la cita de Racine, carente en castellano de la significación que posee para un lector galo, y decidí sustituirla por lo que pienso que podría ser un equivalente de nuestra literatura, los famosos endecasílabos de la tercera égloga de Garcilaso (versos 79-80: «en el silencio sólo se escuchaba / un susurro de abejas que sonaba»).

En «Maladroit» («Torpe») también se encuentra una esas citas emboscadas, cuando el sufrido y desconcertado aprendiz de escritor dice, refiriéndose el consabido joven del sombrero: «prenons le godelureau par la tresse de son chapeau de feurre mou emmanché d'un long cou» («cojamos al mequetrefe por el cordón de su sombrero de fieltro enmangado con un largo cuello»). Se parodia aquí un verso de La Fontaine (*Fables*, libro VII, 4, v. 2): «L'Héron au long bec emmanché d'un long cou». Me pareció una solución paralela en castellano utilizar los dos primeros versos del archiconocido soneto quevediano «A un hombre de gran nariz». En el mismo fragmento («Maladroit»), el escritorzuelo sueña con codearse con los señores de «l' Académie française, du Flore et de la rue Sébastien-Bottin». Pues bien, si en el primer caso (tras optar por una versión comprensible para un castellanoleyente) la sustitución estaba clara, la correspondencia del famoso café parisino me pareció que podía ser el madrileño Gijón, el tópico café de literatos también ya de otra época. Y, pensando que en la calle Sébastien-Bottin estaba Gallimard, precisamente la editora de *Exercices de style* de la que el propio Queneau era secretario general, sólo me quedaba la posibilidad de analogía con la editorial encargada de publicar la versión castellana, para conservar, además, la modesta «mise en abîme», el juego del libro dentro del libro. Pero únicamente me cabía mencionar directamente el nombre, no por propósito propagandístico de más que dudosa efectividad, sino porque hablar de «los señores de la calle O'Donnell» me parecía todo punto incomprensible. Por lo demás, dejo al criterio o entusiasmo del lector el hallazgo de otros guiños y claves de mi versión.

Mi intención ha sido mantener en todo lo posible la fidelidad imposible al original francés, pese a lo arduo de mi labor[33] que, sin embargo, en pocos textos como en *Exercicies de style* aúna esas dos palabras que Octavio Paz empleó para titular la recopilación de sus traducciones: versión y diversión. Por lo demás, la literatura en castellano no anda sobrada —salvo notables excepciones, como Gómez de la Serna o Cortázar—, ni de obras ni de escritores de la capacidad creativa de un Queneau. Razón de más para que una versión castellana de *Exercices de style* pueda resultar una dedicación estimulante, sobre todo al comprobar que, cuarenta años después de la publicación del libro —por las fechas en que los españoles leían *La quiebra* de Zunzunegui, *La sal perdida* de Pedro de Lorenzo o *Un hombre* de José María Gironella— sigue conservando renovada su capacidad de lectura gozosa[34] 34. ¿Hay muchas cosas más importantes en literatura?

Antonio Fernández Ferrer

---

[33] Entre los amigos a quienes agradezco su complicidad para perpetrar la castellanización queneaucida, debo citar a Amapola Alama, Luis Alberto de Cuenca, Concha Fernández Medrano, Ghislaine Fonfreide y Luis Maristany.

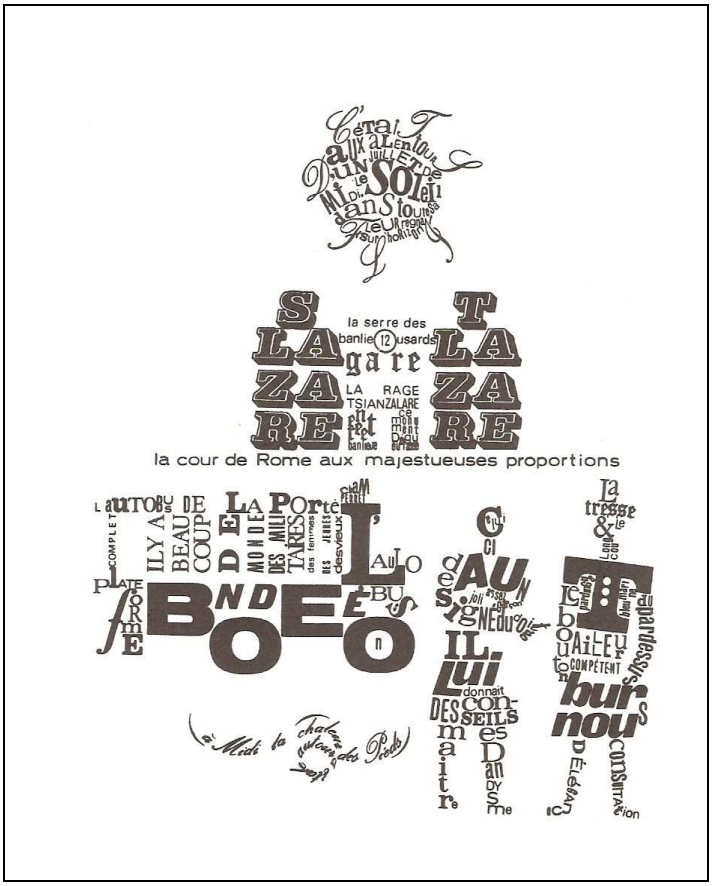
[34] «Sería lindo a partir de una cierta edad, año por año, ir de nuevo empequeñeciendo y recorriendo hacia atrás aquellos mismos peldaños que una vez se escalaron con orgullo. La dignidad y la honra de la mayor edad seguirían, no obstante, siendo las mismas que son hoy; de modo que la gente absolutamente menuda, los muchachos de seis u ocho años, serían los más sabios y los más experimentados. Los más viejos monarcas serían los más pequeños; en general, habría sólo muy diminutos Papas; los obispos mirarían desde mayor altura a los cardenales y los cardenales al Papa. Ningún niño podría desear ya ser algo grande. La historia perdería en importancia en razón de su edad; se tendría la sensación de que los sucesos de hace trescientos años habrían acontecido entre criaturas semejantes a insectos, y el pasado tendría, finalmente, la dicha de no ser advertido.» (Elias Canetti, «Apuntes 1942-1948», trad. de Norberto Silvetti Paz, *Sur*, Núms. 308-310, septiembre-febrero, 1968, )ág. 44. Otra traducción del mismo texto se incluye en *La provincia del hombre. Carnet de notas* 1942-1972, versión castellana de Eustaquio Barau, Madrid, Taurus, 1982, pág. 11).

Madrid, 1987

# ANEXO *

## *Ejercicios de estilo posibles*

* «Annexe 1. Exercices de style possibles», en *Exercices de style*, ed. ilustrada de 1963, págs. 97 y 98.




Caligrama de Jacques Carelman para la edición ilustrada de *Exercices de style*.

nervioso
angustiado
espera
jovial
calambures
caligrama
dedicatoria
ideas macabras
ficha de lectura
carta de rechazo del editor
costura (nombres de vestidos)
rebus
charada
adivinanzas
declaración de amor
tuerto
sordomudo
ciego
borracho
paranoico
confusión mental
delirium tremens

reglas de un juego
juego de la oca
juego de cartas
ley
enigma
diferentes juegos de ingenio
carta ofensiva
carta de reclamación
anuncios (breves)
publicidad
portero
cobrador
crítico literario
crítico teatral
crítico cinematográfico
tratamiento cinematográfico
esquela
crítica mundana
elegante
caos
símbolos
fábula

flores retóricas
elocuencia sagrada
elocuencia política
distribución de premios
requisitoria
natación
atributos
prohibición
anáforas
epíforas
moraleja
miedo
alegría
orgullo
triste
gracioso
jeroglíficos
fenomenológico
detective
crucigrama
aliteraciones
«collages»
lugares comunes
proverbios
biológico
económico
sociológico
químico
geológico
idiota
infantil
cenestésico
abstracto
físico
frente popular
las virtudes (teologales, etc.)
los siete pecados capitales
quirológico
oficios diversos
caracteres
patológico
cólera
hambre
fatiga máxima
alternativa
elocuencia judicial
glotonería
eslavismos
rumanismos
arabismos
sombrerero
antítesis
hysteron-proteron
oxímoron
elipsis
anacolutos
annominaciones
geométrico
aritmético
algebraico
analítico
topológico
anadiplosis
mineral
epanadiplosis
epanalepsis
sinéresis
diéresis
crasis
disjunciones
conjunciones
adverbios
homosexual (lesbiana)

### Notaciones

En el S, a una hora de tráfico. Un tipo de unos veintiséis años, sombrero de fieltro con cordón en lugar de cinta, cuello muy largo como si se lo hubiesen estirado. La gente baja. El tipo en cuestión se enfada con un vecino. Le reprocha que lo empuje cada vez que pasa alguien. Tono llorón que se las da de duro. Al ver un sitio libre, se precipita sobre él.

Dos horas más tarde, lo encuentro en la plaza de Roma, delante de la estación de Saint-Lazare. Está con un compañero que le dice: «Deberías hacerte poner un botón más en el abrigo.» Le indica dónde (en el escote) y por qué.

### Por partida doble

Hacia la mitad de la jornada y a mediodía, me encontré y subí en la plataforma y terraza trasera de un autobús y vehículo de transporte en común abarrotado y casi completo de la línea S y que va de la Contrescarpe a Champerret. Vi y observé a un hombre joven y viejo adolescente, bastante ridículo y no poco grotesco, cuello delgado y gaznate descarnado, cordón y trencilla alrededor del sombrero y gorro. Después de un

atropello y confusión, dice y profiere con una voz y tono lacrimosos y llorones que su vecino y coviajero le empuja y le importuna adrede y aposta cada vez que alguien baja y sale. Dicho esto y tras abrir la boca, se precipita y se dirige hacia un sitio y un asiento vacíos y libres.

Dos horas después y ciento veinte minutos más tarde, lo encuentro y vuelvo a vedo en la plaza de Roma y delante de la estación de Saint-Lazare. Está y se encuentra con un amigo y compañero que le aconseja y le incita a que se haga añadir y coser un botón y un círculo de hueso en su abrigo y gabán.

### Lítotes

Éramos unos cuantos que nos desplazábamos juntos. Un joven, que no tenía aire de muy inteligente, habló unos instantes con un señor que se encontraba a su lado; después, fue a sentarse. Dos horas más tarde, me lo encontré de nuevo; estaba en compañía de un amigo y hablaba de trapos.

### Metafóricamente

En el centro del día, tirado en el montón de sardinas viajeras de un coleóptero de abdomen blancuzco, un pollo de largo cuello desplumado arengó de pronto a una, tranquila, de entre ellas, y su lenguaje se desplegó por los aires, húmedo de protesta. Después, atraído por un vado, el pajarito se precipitó sobre él.

En un triste desierto urbano, volví a vedo el mismo día, mientras se dejaba poner las peras a cuarto a causa de un botón cualquiera.

### Retrógrado

Te deberías añadir un botón en el abrigo, le dice su amigo. Me lo encontré en medio de la plaza de Roma, después de haberlo dejado cuando se precipitaba con avidez sobre un asiento. Acababa de protestar por el empujón de otro viajero que, según él, le atropellaba cada vez que bajaba alguien. Este descarnado joven era portador de un sombrero ridículo. Eso ocurrió en la plataforma de un S completo aquel mediodía.

### Sorpresas

¡Lo apretados que íbamos en aquella plataforma de autobús! ¡Y lo tonta y ridícula que tenía la pinta aquel chico! ¿Y qué se le ocurre hacer? ¡Hete aquí que le da por querer reñir con un hombre que -¡pretendía el tal galancete!- lo empujaba! ¡Y luego no encuentra nada mejor que hacer que ir rápido a ocupar un sitio libre! ¡En vez de cedérselo a una señora!

Dos horas después, ¿Adivinan a quién me encuentro delante de la estación de Saint-Lazare? ¡El mismo pisaverde! ¡Mientras recibía consejos sobre indumentaria! ¡De un compañero!

¡Como para no creérselo!

### Sueño

Me parecía que todo era brumoso y anacarado en torno mío, con múltiples e indistintas presencias, entre las cuales, sin embargo, sólo se dibujaba con bastante nitidez, la figura de un joven cuyo cuello demasiado largo parecía anunciar ya por sí solo el carácter a la vez cobarde y protestón del personaje. La cinta de su sombrero había sido remplazada por un cordón trenzado. Reñía luego con un individuo al que yo no veía; después, como presa del miedo, se metía en la oscuridad de un pasillo.

Otra parte del sueño me lo muestra caminando a pleno sol delante de la estación de Saint-Lazare. Está con un compañero que le dice: «Deberías hacerte añadir un botón en el abrigo.» En eso, me desperté.

### Pronosticaciones

Cuando llegue el mediodía, te encontrarás en la plataforma trasera de un autobús donde se amontonarán viajeros entre los cuales repararás en un ridículo jovenzuelo; cuello esquelético y sin cinta en el sombrero de fieltro. No se encontrará bien, el pequeño. Creerá que un señor le empuja adrede cada vez que pasa gente que sube o baja. Sé lo dirá, pero el otro, despreciativo, no contestará. Y el ridículo jovenzuelo, presa del pánico, se largará en sus narices, hacia un sitio libre.

Volverás a verlo un poco más tarde, en la plaza de Roma, delante de la estación de Saint-Lazare. Un amigo le acompañará, y oirás estas palabras: «Tu abrigo no abrocha bien; tienes que hacer añadir un botón».

### Síquisis

Ridículo joven, que me encontré un día en un autobús de la línea S abarrotado por estiramiento quizá cuello alargado, en el sombrero el cordón, observé un. Arrogante y llorón con un tono, que se encuentra a su lado, contra el señor, protesta. Porque él le habría empujado, vez cada que la baja gente. Libre se asienta y se precipita hacia un sitio, eso dicho. Roma (plaza de) lo encuentro más tarde dos horas en el abrigo un botón añadir un amigo le aconseja.

### Arco iris

Un día, me encontré en la plataforma de un autobús violeta. Había allí un joven bastante ridículo: cuello índigo, cordón en el sombrero. De repente, protesta contra un señor azul. Le reprocha, especialmente, con voz verde, que lo empuje cada vez que baja gente. Dicho eso, se precipita hacia un sitio amarillo para sentarse.

Dos horas más tarde, me lo encuentro delante de una estación anaranjada. Está con un amigo que le aconseja que se haga añadir un botón en su abrigo rojo.

### Logo-rallye

(*Dote, bayoneta, enemigo, capilla, atmósfera, Bastilla, correspondencia*.)

Un día me encontraba en la plataforma de un autobús que, sin duda, debía de formar parte de la dote de la hija del Sr. Matrimonio, que presidió los destinos de la Compañía Municipal de Transportes Urbanos. Había en él un joven bastante ridículo, no porque llevase bayoneta, sino porque tenía pinta de llevada no llevándola. De golpe, el joven acomete a su enemigo: un señor situado detrás suyo. Le acusa de no comportarse tan educadamente como en una capilla. Tensada así la atmósfera, el mequetrefe va a

sentarse. Dos horas más tarde, lo encuentro a dos o tres kilómetros de la Bastilla con un compañero que le aconseja que se haga añadir un botón en el abrigo, opinión que muy bien habría podido darle por correspondencia.

### Vacilaciones

No sé muy bien dónde ocurría aquello... ¿en una iglesia, en un cubo de la basura, en un osario? ¿Quizás en un autobús? Había allí... pero, ¿qué había allí? ¿Huevos, alfombras, rábanos? ¿Esqueletos? Sí, pero con su carne aún alrededor, y vivos. Sí, me parece que era eso. Gente en un autobús. Pero había uno (¿o dos?) que se hacía notar, no sé muy bien por qué. ¿Por su megalomanía? ¿Por su adiposidad? ¿Por su melancolía? No, mejor... más exactamente... por su juventud, adornada con un largo... ¿narigón? ¿mentón? ¿pulgar? No: cuello; y por un sombrero extraño, extraño, extraño. Se puso a pelear —sí, eso es—, sin duda con otro viajero (¿hombre o mujer?, ¿niño o viejo?) Luego eso se acabó, concluyó acabándose de alguna forma, probablemente con la huida de uno de los dos adversarios.

Estoy casi seguro de que es ese mismo personaje el que me volví a encontrar, pero ¿dónde? ¿Delante de una iglesia? ¿delante de un osario? ¿delante de un cubo de la basura? Con un compañero que debía de estar hablándole de alguna cosa, pero ¿de qué? ¿de qué? ¿de qué?

### Precisiones

A las 12 h. 17 m. en un autobús de la línea S, de 10 metros de largo, 2,10 de ancho y 3,50 de altura, a 3 km. 600 m. de su punto de partida, cargado con 48 personas, un individuo de sexo masculino, de 27 años, 3 meses y 8 días de edad, 1 m. 72 cm. de talla y 65 kg. de peso, que llevaba en la cabeza un sombrero de 17 cm. de alto cuya copa estaba rodeada por un cordón de 35 cm. de largo, interpela a un hombre de 48 años, 4 meses y 3 días de edad, 1 m. 68 cm. de talla y 77 kg. de peso, por medio de 14 palabras, cuya enunciación duró 5 segundos, alusivas a desplazamientos involuntarios de 15 a 20mm. Va enseguida a sentarse a unos 2 m. 10 cm. de allí.

118 minutos más tarde, se encontraba a 10 metros de la estación de Saint-Lazare, en la entrada de cercanías, y se paseaba de arriba abajo sobre un trayecto de 30 metros, con un compañero de 28 años de edad, 1 m. 70 cm. de talla y 71 kg. de peso, quien le aconsejó con 15 palabras desplazar 5 cm., en dirección al cenit, un botón de 3 cm. de diámetro.

### Punto de vista subjetivo

No estaba descontento con mi vestimenta, precisamente hoy. Estrenaba un sombrero nuevo, bastante chulo, y un abrigo que me parecía pero que muy bien. Me encuentro a X delante de la estación de Saint-Lazare, el cual intenta aguarme la fiesta tratando de demostrarme que el abrigo es muy escotado y que debería añadirle un botón más. Aunque, menos mal que no se ha atrevido a meterse con mi gorro.

Poco antes, había reñido de lo lindo a una especie de patán que me empujaba adrede como un bruto cada vez que el personal pasaba, al bajar o al subir. Eso ocurría en uno de esos inmundos autobuses que se llenan de populacho precisamente a las horas en que debo dignarme a utilizados.

### Otro punto de vista subjetivo

Había hoy en el autobús, a mi lado, en la plataforma, uno de esos mocosos de los que no abundan afortunadamente porque si no, acabaría por matar a uno.

Aquél, un muchacho de unos veintiséis o treinta años, me irritaba especialmente, no tanto a causa de su largo cuello de pavo desplumado como por la clase de cinta de su sombrero, cinta reducida a una especie de cordón de color morado. ¡Jo!, ¡el cabrón! ¡Cómo me cargaba! Como a esa hora había mucha gente en nuestro autobús, aprovechaba los empujones de costumbre a las subidas o bajadas para hincarle el codo en las costillas. Acabó por largarse cobardemente antes de que me decidiera a pisotearle un poco los pinreles para jorobado. También le hubiera dicho, para fastidiado, que a su abrigo demasiado escotado le faltaba un botón.

### Relato

Una mañana a mediodía, junto al parque Monceau, en la plataforma trasera de un autobús casi completo de la línea S (en la actualidad el 84), observé a un personaje con el cuello bastante largo que llevaba un sombrero de fieltro rodeado de un cordón trenzado en lugar de cinta. Este individuo interpeló, de golpe y porrazo, a su vecino, pretendiendo que le pisoteaba adrede cada vez que subían o bajaban viajeros. Pero abandonó rápidamente la discusión para lanzarse sobre un sitio que había quedado libre.

Dos horas más tarde, volví a vedo delante de la estación de Saint-Lazare, conversando con un amigo que le aconsejaba disminuir el escote del abrigo haciéndose subir el botón superior por algún sastre competente.

### Palabras compuestas

Yo me platautobusformaba comultitudinariamente en un espaciotiempo luteciomeridiano vecinando con un longuícolo mocoso fieltrosombrereado y cordonotrenzón. El cual altavoceó a un tipofulano: «Usted me empujaparece.» Tras eyacular estó, se sitiolibró vorazmente. En una espaciotemporalidad posterior, volví a vedo mientras se sanlazaroestacionaba con un X que le decía: «Deberías botonsuplementarte el abrigo.» Y le porquexplicaba el asunto.

### Negatividades

No era ni un barco, ni un avión, sino un medio de transporte terrestre. No era por la mañana, ni por la tarde, sino a mediodía. No era ni un bebé, ni un anciano, sino un joven. No era ni una cinta, ni un bramante, sino un cordón trenzado. No era ni una procesión, ni una trifulca, sino un atropellamiento. No era ni un amable, ni un malvado, sino un colérico. No era ni una verdad, ni una mentira, sino un pretexto. No era ni uno derecho, ni uno yacente, sino uno que quería estar sentado.

No era ni la víspera, ni el día siguiente, sino el mismo día. No era la estación del Norte, ni la estación de Lión, sino la estación de Saint-Lazare. No era ni un pariente, ni un desconocido, sino un amigo. No era ni un insulto, ni una burla, sino un consejo sobre indumentaria.

### Animismo

Un sombrero de fieltro, pardo, hendido, el ala bajada, con la horma rodeada de un galón trenzado, un sombrero entre otros, sobresaltándose únicamente por las desigualdades del suelo transmitidas por las ruedas del vehículo automóvil que lo transportaba a él, el sombrero. A cada parada, las idas y venidas de los viajeros le imprimían movimientos laterales a veces bastante pronunciados, lo que acabó por enfadarle a él, el sombrero. Expresó su ira por intermedio de una voz humana a él vinculada por una masa de carne estructuralmente dispuesta alrededor de una semiesfera ósea perforada por algunos agujeros, que se encontraba debajo de él, él , el sombrero. Después, fue de pronto a sentarse, él, el sombrero.

Una o dos horas más tarde, volví a vedo desplazándose, a aproximadamente un metro sesenta y seis por encima del suelo, de arriba abajo, delante de la estación de Saint-Lazare, él, el sombrero. Un amigo le aconsejaba hacerse añadir un botón más en el abrigo... un botón más... en el abrigo.. decirle eso a él... a él, el sombrero.

### Anagramas

En el S, a una rhoa de tracofi un poti de unos tesnivéis ñaos, que atine un ragollloecu y un brerosom nadoador con un drocon en lugar ed tinca, ñaerí con roto jrevoia que le casuaba de pujemarle triavulonamente. Habiendo airquelloado así, se ciprepita sobre una zalpa rilbe.

Una haro más drate, lo truenenco en la palaz de Mora, delante de la nesciota de Tsian-Zalare. Estaba con un ñopracome que le cedía: «Rebedías caher penor un tobón sam en tu gobria.» Le neñesaba dónde (en el tocese).

### Distinguo

Por la mañana (y no por Ana la maña) viajaba en la plataforma (pero no formaba en la vieja plata) del autobús (no confundir con el alto obús), y como estaba llena (no me como esta ballena) la masa chocaba (y no la más achochada). Entonces un jovencito (y no cito un joven) extravagante (no vago estragante) se dirigió (aunque no digirió) a un sujeto (pero no atado) pacífico (no Atlántico) enojándose (no desojándose) porque éste (no Oeste) le pisaba el pie (no le pispaba el bies).

Al cabo del rato (y no al rabo del gato) yo vi al tonto (no llovía a lo tonto) en San Lázaro (no el de Tormes) conversando con un amigo (no amigando con un converso) más meticuloso (mas no supositorio) en temas de indumento (y no mento más té hindú).

### Homeoteleutones

El bus del circuito por el que transito va tocando el pito. Allí, mientras dormito, veo a un cabeza de chorlito de cuello infinito como un monolito, con un sombrerito nada bonito ni exquisito. El que cito le da un grito gratuito a uno que parece frito con el prurito del baile de San Vito: «¡Ojito, cabrito, que me excito, irrito, desgañito, despepito, derrito y agito porque Vd. me tiene ahíto, aunque yo no le incito!» Y tras lo transcrito se sienta el muy bendito mirando de hito en hito.

Al salir de un garito de modo fortuito lo veo al maldito infrascrito escuchando a quien, muy perito, le cuenta un mito sobre su abrigo favorito.

### Carta oficial

Tengo el honor de informar a usted acerca de los hechos siguientes de los cuales he podido ser testigo tan imparcial como horrorizado.

Esta misma mañana, hacia el mediodía, me encontraba en la plataforma de un autobús que subía por la calle de Courcelles en dirección a la plaza de Champerret. Dicho autobús iba completo; incluso más que completo, me atrevería a decir, porque el cobrador lo había sobrecargado con varios solicitantes, sin razón admisible y movido por una benevolencia exagerada que le llevaba más allá de los límites marcados por los reglamentos y que, por consiguiente, rozaba la indulgencia. A cada parada, las idas y venidas de los viajeros que bajaban y subían no dejaban de provocar cierto le atropellamiento que incitó a uno de los viajeros a protestar, mas no sin timidez. Debo decir que éste fue a sentarse en cuanto surgió la posibilidad de ello.

Añadiré a mi breve relación esta addenda: tuve la oportunidad de observar a dicho viajero algún tiempo después en compañía de un personaje que no he podido identificar. La conversación entablada animadamente entre ambos parecía referirse a cuestiones de naturaleza estética.

Dadas las mencionadas condiciones) le ruego a Vd. tenga a bien indicarme las consecuencias que debo extraer de estos hechos) así como la actitud que, a la vista de ello, considere usted correcto que adopte en cuanto al comportamiento de mi vida subsecuente.

En espera de su respuesta, le reitero a Vd. el testimonio de mi mayor y siempre atentísima consideración.

### Propaganda editorial

En su nueva novela, tratada con el talento que le caracteriza, el célebre novelista X, a quien debemos ya tantas obras maestras, se ha esmerado en presentar únicamente personajes muy matizados que se mueven en una atmósfera comprensible para todos, grandes y chicos. La intriga gira, pues, en torno al encuentro en un autobús del héroe de esta historia con un personaje bastante enigmático que se pelea con el primero que llega. En el episodio final, se ve a ese misterioso individuo escuchando con la mayor atención los consejos de un amigo, modelo de elegancia. El conjunto produce una sensación encantadora que el novelista X ha cincelado con notable fortuna.

### Onomatopeyas

En la plataforma, plas, plas, plas, de un autobús, tuf, tuf, tuf, de la línea S (en el silencio sólo se escuchaba un susurro de abejas que sonaba), ¡pii!, ¡pii!.. pintarrajeado de rojo, a eso del medio ding-dong-dingdong día, gemía la gente apretujada, ¡aj!, ¡aj! Y he aquí quiquiriquí que un gallito gilí, jtururú!, que, ¡Puaf!, llevaba un sombrerucho, ¡fiu!, se volvió cabreado, brr, brr, contra su vecino y le dijo, hm hm: «Oiga, usted me está

empujando adrede.» Casi se pegan, plaf, smasch, pero en seguida el pollo, pío, pío, se lanzó, izas!, sobre un sitio libre sentándose en él, ploc.

El mismo día, un poco más tarde, ding-dong-dingdong, vuelvo a vedo, junto a la estación, ¡fss!, ¡fsss!, ¡puu!, ¡puu!, charrando, bla, bla, bla, con otro efebo, ¡tururú!, sobre un botón del abrigo (trr, trr, precisamente no hacía calor...)

Y chim-pum.

### Análisis lógico

Autobús.
Plataforma.
Plataforma de autobús. El lugar.
Mediodía.
Aproximadamente.
Aproximadamente a mediodía. El tiempo.
Viajeros.
Pelea.
Pelea de viajeros. La acción.
Joven.
Sombrero. Largo cuello delgado.
Un joven con un sombrero y un cordón trenzado alrededor. El personaje principal.
Quídam.
Un quídam.
Un quídam. El personaje secundario.
Yo.
Yo.
Yo. La tercera persona. Narrador.
Palabras.
Palabras.
Palabras. Lo que se dijo.
Sitio libre.
Sitio ocupado.
Un sitio libre ocupado después. El resultado.
La estación de Saint-Lazare.
Una hora más tarde.
Un amigo.
Un botón.
Otra frase oída. La conclusión.
Conclusión lógica.

### Insistencia

Una mañana, hacia el mediodía, subí en un autobús casi completo de la línea S. En un autobús casi completo de la línea S, había un joven bastante ridículo.

Subí en el mismo autobús que él, y aquel joven, que había subido antes que yo en aquel mismo autobús de la línea S, casi completo, hacia el mediodía, llevaba en la cabeza un sombrero que encontré bastante ridículo, yo, que había subido en el mismo autobús que aquel joven en la línea S, una mañana hacia el mediodía. El sombrero estaba rodeado por una especie de galón trenzado como el de una forrajera, y el joven que lo llevaba, el sombrero —y el galón—, se encontraba en el mismo autobús que yo, un

autobús casi completo, porque era a mediodía; y debajo del sombrero, cuyo galón imitaba una forrajera, se extendía un rostro seguido de un cuello largo, largo. jAh! Qué largo era el cuello de de aquel joven que llevaba un sombrero rodeado de una forrajera, en un autobús de la línea S, una mañana hacia el mediodía.

El bullicio era enorme en el autobús que nos transportaba hacia el final de la línea S, una mañana a mediodía, a mí y a aquel joven que lucía un largo cuello bajo un sombrero ridículo. Por los tropezones que se producían hubo de pronto una protesta, protesta que surgió de aquel joven que tenía un cuello tan largo en la plataforma de un autobús de la línea S, una mañana hacia el mediodía.

Se produjo una acusación formulada con una voz húmeda de dignidad ofendida, porque en la plataforma de un autobús S, un joven tenía un sombrero provisto de una forrajera alrededor, y un largo cuello; quedó también un sitio libre de pronto en aquel autobús de la línea S casi completo porque era a mediodía, sitio que ocupó el joven del cuello largo y del sombrero ridículo, sitio que él codiciaba porque no quería que le empujasen más en aquella plataforma de autobús, una mañana hacia el mediodía.

Dos horas más tarde, vuelvo a vedo delante de la estación de Saint-Lazare, a aquel joven que había observado en la plataforma de un autobús de la línea S, aquella misma mañana, hacia el mediodía. Estaba con un compañero de su estofa que le daba un consejo relativo a cierto botón de su abrigo. El otro lo escuchaba atentamente. El otro, precisamente el joven que llevaba una forrajera alrededor del sombrero, y que vi en la plataforma de un autobús de la línea S, casi completo, una mañana, hacia el mediodía.

### Ignorancia

Yo, no sé qué quieren de mí. Pues sí, he cogido el S hacia mediodía. ¿Que si había gente? A esa hora, por supuesto. ¿Un joven con sombrero de fieltro? Es muy posible. Aunque yo no miro descaradamente a la gente. Me importa un pito ¿Una especie de galón trenzado? ¿Alrededor del sombrero? Comprendo, una curiosidad como otra cualquiera, pero, desde luego, no me fijo en eso. Un galón trenzado... ¿Y se habría peleado con otro señor? Cosas que pasan.

Y, además, ¿tendría que haberlo vuelto a ver otra vez una o dos horas más tarde? ¿Por qué no? Hay cosas aún más raras en la vida. Precisamente, recuerdo que mi padre me contaba a menudo que...

### Pretérito perfecto

He subido en el autobús de la puerta Champerret.

Había mucha gente, jóvenes, viejos, mujeres, soldados.

He pagado mi billete y he mirado después a mi alrededor. No era muy interesante. Sin embargo, he acabado fijándome en un joven al que le he encontrado el cuello demasiado largo. He examinado su sombrero y me he dado cuenta de que en lugar de una cinta llevaba un galón trenzado. Cada vez que ha subido alguien, ha habido bullicio. N o he dicho nada, pero el joven de cuello largo ha interpelado a su vecino. No he oído lo que le ha dicho, pero se han mirado con malos ojos. Entonces, el joven del cuello largo se ha ido a sentarse precipitadamente.

Volviendo de la puerta de Champerret, he pasado por delante de la estación de Saint-Lazare. He visto al tipo de marras que discutía con un amigo. Y éste le ha señalado con el dedo un botón justo encima del escote del abrigo. Después el autobús donde yo iba se ha marchado y no los he visto más. Yo iba sentado y no he pensado en nada.

**Presente**

A mediodía, el calor se expande en torno a los pies de los viajeros del autobús. Como, colocada sobre un largo cuello, una cabeza estúpida, adornada con un sombrero grotesco, se acalora, al instante se arma la gresca. Pero todo se queda, enseguida, en una atmósfera tensa por conservar en el aire, aún demasiado vivos, graves insultos. Entonces, uno va a sentarse adentro, al fresco.

Más tarde pueden formularse, delante de estaciones de doble dirección, preguntas sobre indumentaria, a propósito de algún botón que unos dedos grasientos de sudor manosean con seguridad.

**Pretérito indefinido**

Fue a mediodía. Los viajeros subieron al autobús.

Hubo apreturas. Un señor joven llevó en la cabeza un sombrero rodeado por un cordón, no por una cinta.

Tuvo un largo cuello. Se quejó a su vecino de los empujones que éste le infligió. En cuanto vio un sitio libre, se precipitó sobre él y se sentó.

Lo vi más tarde delante de la estación de Saint-Lazare. Se puso un abrigo y un compañero que se encontró allí le hizo esta observación: fue necesario poner un botón más.

**Imperfecto**

Era a mediodía. Los viajeros subían en el autobús.

Había apreturas. Un señor joven llevaba en la cabeza un sombrero que estaba rodeado por un cordón y no por una cinta. Tenía un largo cuello. Se quejaba a su vecino por los empujones que éste último le infligía.

En cuanto veía un sitio libre, se precipitaba sobre él y se sentaba.

Lo veía más tarde, delante de la estación de Saint-Lazare. Se ponía un abrigo y un compañero que se encontraba allí le hacía esta observación: hacía falta poner un botón más.

**Alejandrinos**

Mediaba el mes de julio. Era un hermoso día.
Yo, solo, en la mañana, resignado subía
Al ómnibus completo de viajeros banales,
Muchedumbre aburrida de rostros casi iguales.
Había un vulgo errante municipal y espeso
Que al pasar empujaba anárquico y avieso.
Un joven petimetre de luengo y seco cuello
y sombrero sin cinta —que bien me acuerdo de ello—
Se enojó con un viejo al que gritó, nervioso,
Que cesara al momento de empujar tan ansioso;
y al punto raudo y serio viendo un asiento huero
Se lanzó de éste en pos, raudo como un velero.
Al cabo de dos horas y en la misma jornada

Me lo vuelvo a encontrar, del azar por jugada,
Hablando y departiendo con un supuesto amigo
Acerca de un botón que faltaba en su abrigo.

### Poliptotones

Subí en un autobús lleno de contribuyentes que pagaban a un contribuyente que llevaba sobre su vientre de contribuyente una cajita que contribuía a permitir a los demás contribuyentes que siguieran su trayecto de contribuyentes. Observé en este autobús a un contribuyente de largo cuello de contribuyente cuya cabeza de contribuyente llevaba un sombrero de fieltro de contribuyente ceñido por un cordón como jamás llevó contribuyente alguno. De repente, dicho contribuyente interpela a un contribuyente vecino reprochándole amargamente que le pisoteaba adrede sus pies de contribuyente cada vez que otros contribuyentes subían o bajaban del autobús para contribuyentes. Después, el contribuyente irritado fue a sentarse al sitio para contribuyentes que acababa de dejar libre otro contribuyente. Algunas horas de contribuyente después, lo vi en la plaza para contribuyentes de Roma, en compañía de un contribuyente que le daba consejos de elegancia de contribuyente.

### Aféresis

Bí obús no jeros. Servé ven yo 110 a do na rafa vaba brero lón zado. Te dó tro jero chándole aba da a ba te. Go chó se que a tia bre.

Ver ví trar te ción go sej aba bre dos do mer tón go.

### Apócopes

Yo su en un aut lle de viaje. Obser un jo cu cue er pareci al de u gira y que lleva un sombre con un ga tren. Es se enfa con o viaje, repro que le pisote ca vez que subí o baja gen. Lue se mar a sentar por habí un si li.

Al vol lo vol a encon delan de la esta con un ami que le acon so vesti señalan el pri bo de su abri.

### Síncopas

Sbí nn aubús lleno dvajeros. Osrvé un jen cuellcidolnarafa y con sombongaltrenzá. Se endó cotro vajero porque le rechaba pisotenreles. luego ocpó un sto lbre.

Al vler lo vlí a enctrar en pla Roma rebiendo una lon degancia apósito de un btón.

### Yo ya

Yo ya lo comprendo: un tipo que se empeña en pisotearle a uno los pinreles, eso cabrea. Pero, después de haber protestado, irse a sentar como un cagueta, yo ya no lo comprendo. Yo ya vi eso el otro día en la plataforma trasera de un autobús S. Yo ya le encontraba el cuello un poco largo a aquel joven y cachonda la especie de cinta que tenía alrededor del sombrero. Yo nunca me atrevería a pasearme con un gorro parecido. Pero yo ya se lo digo a usted, después de haberle gruñido a otro viajero que le pisoteaba, el

tipo fue a sentarse sin más. Yo le habría dado una torta al cerdo que me hubiese pisoteado.

Yo ya veo cosas raras en la vida, yo ya se lo aseguro a usted: el mundo es un pañuelo. Yo ya lo había visto antes a aquel muchacho. Y yo, vuelvo a encontrármelo dos horas después. Yo, lo diviso delante de la estación de Saint-Lazare. Yo, me lo veo en compañía de un amigo de su clase que le decía, yo ya lo he oído: «Deberías subirte ese botón». Yo ya me he dado cuenta: señalaba el botón superior.

### Exclamaciones

¡Ostras! ¡Las doce! ¡Hora de coger el autobús] ¡Cuánta gente! ¡Cuánta gente! ¡Qué apreturas! ¡Qué gracia! ¡Ese pollo! ¡Qué jeta! ¡Y qué cuello! ¡Setenta y cinco centímetros! ¡Por lo menos! ¡Y el cordón! ¡Vaya cordón! ¡No lo había visto! ¡El cordón! ¡Es lo más gracioso! ¡Sí, eso! ¡El cordón! ¡En el sombrero! ¡Un cordón! ¡Gracioso! ¡Muy gracioso! ¡Y mira cómo se cabrea! ¡El del cordón! ¡Con un vecino! ¡Lo que le larga!

¡Mira el otro! ¡Que le ha pisoteado! ¡Se van a dar de tortas! ¡Seguro! ¡A que no! ¡A que sí! ¡Dale! ¡Dale! ¡Párte le la cara! ¡Venga! ¡Atízale! ¡Mecachis en la mar! ¡No!

¡Se arruga! ¡El tío! ¡Y qué cuello! ¡Y qué cordón! ¡Mira cómo vuela al asiento! ¡Allá va! ¡El tío!

¡Mira! ¡Anda! ¡No! ¡No me equivoco! ¡Es él! ¡Seguro! ¡Allí! ¡Allí mismo! ¡En la plaza de Roma! ¡Delante de la estación de Saint-Lazare! ¡Paseándose de arriba abajo! ¡Y con otro tipo!¡Y las tontadas que le está diciendo el otro! ¡Que se añada un botón! ¡En el abrigo! ¡Sí! ¡Sí! ¡En el abrigo!

### Entonces

Entonces llegó el autobús. Entonces subo. Entonces he visto un sujeto que me ha llamado la atención. Entonces le he visto el cuello tan largo y le he visto el cordón que llevaba alrededor del sombrero. Entonces se pone a echar pestes contra su vecino que le pisoteaba entonces. Entonces, va a sentarse.

Entonces, más tarde, vuelvo a vedo en la plaza de Roma. Entonces estaba con un amigo. Entonces le dice el amigo: deberías hacerte poner otro botón en el abrigo. Entonces.

### Ampuloso

A la hora en que comienzan a agrietarse los rosados dedos de la aurora, cabalgaba yo, cual veloz saeta, en un autobús, de imponente alzada y bovinos ojos, de la línea S de sinuoso periplo. Advertí, con la precisión y agudeza del indio presto al combate, la presencia de un joven cuyo cuello era más largo que el de la jirafa de pies ligeros, y cuyo sombrero de fieltro hendido estaba ornado con una trenza, cual héroe de un ejercicio de estilo. La funesta Discordia de senos de hollín vino con su boca hedionda por desdén del dentífrico;

la Discordia, digo, vino a inocular su maléfico virus entre este joven del cuello de jirafa y trenza alrededor del sombrero, y un viajero de borroso y farináceo semblante. Aquél dirigióse a éste en los siguientes términos: «¡Oígame, malvado ser, diríase que usted me está pisoteando adrede!» Así exclamó el joven del cuello de jirafa y trenza alrededor del sombrero y fue, presto, a sentarse.

Más tarde, en la plaza de Roma, de majestuosas proporciones, reparé de nuevo en el joven del cuello de jirafa y trenza alrededor del sombrero, acompañado de un camarada, árbitro de la elegancia, el cual profería esta crítica que me fue dado percibir con mi ágil oído, crítica dirigida a la indumentaria más externa del joven del cuello de jirafa y trenza alrededor del sombrero: «Deberías disminuirle el escote mediante la adición o elevación de un botón en la periferia circular. »

### Vulgar

¿Sabes? Eran poco más dlas doce cuando me las vi negras para subir alese. Mesubo, pues, pago mi billete porque no había más remedio, ¿no te parece?, y, bueno, me fijo nun fulano con pinta panoli, con un cuello, asea, que a uno le parecía un telescopio y con una especie cordón alrededor duna birria sombrero. Y me lo miro, fíjate, qué pinta tenía de lila, entonces se ponencabronar a uno questaba a su lao. Oiga, chamulla, mucho cuidao ¿eh?, añade, que me parece caposta, lloriquea, que me estáciendo polvo los pinreles, farfulla, pisándome sin parar, le encasqueta. En eso, muy pagao de la cosa, se larga sentarse. Comun ceporro.

Vuelvo a pasar más tarde por la plaza Roma y, mira, me lo veo pegando la hebra con otro mamarracho de su cuerda. Oyes, le suelta lotro, pues tendrías, le decía, que poner otro botón, añadía, a tu abrigucho, concluía.

### Interrogatorio

—¿A qué hora pasó ese día el autobús de la línea S de las 12 y 23, en dirección puerta de Champerret?

—A las 12 y 38.

— ¿ Había mucha gente en el autobús de la línea S supradesignado?

—Cantidad.

—¿Qué percibió Vd. de particular en él?

— Un individuo que tenía un cuello muy largo y un cordón alrededor del sombrero.

—¿Era tan singular su comportamiento como su aspecto y anatomía?

—En principio, no; era normal, pero acabó por probarse que era el de un cic1otímico paranoico ligeramente hipotenso en un estado de irritabilidad hipergástrica.

—¿En qué se tradujo eso?

—El individuo en cuestión interpeló a su vecino con un tono llorón, preguntándole si le pisoteaba adrede cada vez que subían o bajaban viajeros.

—¿Estaba fundamentado este reproche?

—Lo ignoro.

—¿Cómo acabó el incidente?

—Con la huida precipitada del joven, que fue a ocupar un sitio libre.

—¿Tuvo este incidente alguna consecuencia?

—Menos de dos horas más tarde.

— ¿ En qué consistió esta consecuencia?

—En la reaparición de este individuo en mi camino.

—¿Dónde y cómo volvió a verlo?

—Pasando en autobús delante de la plaza de Roma.

—¿Qué hacía él allí?

—Recibía consejos sobre su vestimenta.

**COMEDIA**

## ACTO PRIMERO

### Escena I

(*En la plataforma trasera de una autobús S, un día, hacia las doce de la mañana*.)
EL COBRADOR.—¡Los billetes, por favor!
(*Unos viajeros le pagan*.)

### Escena II

(*El autobús se detiene*.)
EL COBRADOR.—¡Dejen paso! ¡Delante hay sitio! ¡Dejen paso! ¡Completo! ¡Tilín! ¡tilín! ¡tilín!

## ACTO SEGUNDO

### Escena I

(*El mismo decorado*.)
PRIMER VIAJERO (*joven, cuello largo, cordón alrededor del sombrero*). —Se diría, señor, que usted me pisotea adrede cada vez que pasa la gente.
SEGUNDO VIAJERO (*se encoge de hombros*.)

### Escena II

(*Baja un tercer viajero*.)
PRIMER VIAJERO (*dirigiéndose al público*): ¡Estupendo! ¡un sitio libre! ¡Allá voy! (*Se precipita sobre él y lo ocupa*.)

## ACTO TERCERO

### Escena I

(*La plaza de Roma*.)
UN JOVEN ELEGANTE (*al primer viajero, ahora peatón*). —El escote de tu abrigo es demasiado ancho. Deberías estrechado un poco haciéndote subir el botón hacia arriba.

### Escena II

(*En un autobús S que pasa por delante de la plaza de Roma*).
CUARTO VIAJERO. —Mira, el tipo que se encontraba hace poco conmigo en el autobús y que se enzarzaba con otro tío. Qué casualidad. Escribiré sobre eso una comedia en tres actos y en prosa.

**APARTES**

El autobús llegó abarrotado de pasajeros. *Ojalá no lo pierda; qué chamba, aún queda un sitio para mí*.

Uno de ellos *qué pinta más chusca tiene con ese pescuezo desmesurado* llevaba un sombrero de fieltro rodeado por una especie de cordoncillo en lugar de cinta *qué pretencioso queda eso* y de repente se puso *pero qué le ha dado ahora* a vituperar a un vecino el otro se hace el sueco reprochándole que le pisoteaba adrede *tiene pinta de querer bronca, pero se arrugará* los pinreles. Pero al quedar dentro un sitio libre *qué decía yo*, volvió la espalda y corrió a ocuparlo.

Dos horas más tarde aproximadamente *las coincidencias son curiosas*, se encontraba en la plaza de Roma en compañía de un amigo *un gilipollas de su estofa* que le señalaba con el índice un botón de su abrigo *¿qué tontadas le estará diciendo?*

### Parequesis

Sobre la tribuna o vestíbulo busterior de un bucentauro bullendo de burócratas embutidos como por un embudo, un funámbulo búlgaro con un buche tubular como una butifarra y un buñuelo bufonesco en el bulbo, apabulla, como un buchón, a un abuelo bucéfalo, abusando bucalmente. Le llama buco, pero bruscamente el buscapleitos deja la burla y bucea bufando y sonámbulo hacia una buena butaca, donde va a aburrirse, abúlico y atribulado, como en un burladero.

Bulteriormente, en el bulevar nada bucólico, veo desde mi taburete del bus al mismo burguesito burdo en un conciliábulo con otro burro que, deambulando abúlico, le da pábulo hablándole de su busto.

### Fantasmagórico

Nos, el guarda de caza de la Plaine-Monceau, tenemos el honor de rendir cuenta de la inexplicable y maligna presencia en las cercanías de la puerta oriental del Parque de S. A. R. Monseñor Felipe, el consagrado duque de Orleans, en el día de hoy, dieciséis de mayo del año de gracia de mil setecientos ochenta y cuatro, de un sombrero de fieltro de forma insólita y rodeado de una especie de galón trenzado. Consecuentemente, constatamos la repentina aparición, bajo el dicho sombrero, de un joven, provisto de cuello de longitud extraordinaria y vestido como, sin duda, se viste en China. El terrorífico aspecto de este quídam nos heló la sangre impidiéndonos la huida. El quídam permaneció inmóvil unos instantes; después, se agitó murmurando como si repeliera la proximidad de otros quídams invisibles pero sensibles para él. De pronto, su atención se dirigió hacia su capote y le oímos susurrar lo siguiente: «¡Falta un botón, falta un botón!» Se puso en camino, al punto, tomando la dirección de la Pépiniere. Atraído, muy a nuestro pesar, por la extrañeza de este fenómeno, le seguimos fuera de los límites atribuidos a nuestra jurisdicción y llegamos los tres, el quídam y el sombrero, a un jardincillo desierto, mas sembrado de lechugas. Un rótulo azul de origen desconocido, mas ciertamente diabólico, llevaba la inscripción: «Plaza de Roma.» El quídam se agitó todavía durante unos momentos, murmurando: «Me quería pisotear.» Desaparecieron al punto, él primero, y algún tiempo después, su sombrero. Tras haber levantado acta de esta liquidación, fui a beberme una pinta a la Petite- Pologne.

### Filosófico

Sólo las grandes ciudades pueden presentar a la espiritualidad fenomenológica las esencialidades de las coincidencias temporales e improbabilísticas. El filósofo que sube a veces en la inexistencialidad fútil y utilitaria de un autobús S puede percibir en él con la

lucidez de su ojo pineallas apariencias fugitivas y decoloradas de una conciencia profana afligida por el largo cuello de la vanidad y por la trenza sombreril de la ignorancia. Esta materia sin verdadera entelequia se lanza a veces con el imperativo categórico de su impulso vital y recriminatorio contra la irrealidad neoberkeleyana de un mecanismo corporal inapesadumbrado de conciencia. Esta actitud moral arrastra al más inconsciente de los dos hacia una espacialidad vacía donde se descompone en sus átomos elementales y ganchudos.

La indagación filosófica prosigue normalmente con el encuentro fortuito pero anagógico del mismo ser acompañado de su réplica inesencial y costurera, la cual le aconseja nouménicamente transponer al plano del intelecto el concepto de abrigo situado sociológicamente demasiado bajo.

### APÓSTROFE

¡Oh estilógrafo de pluma de platino, que tu veloz y expedita carrera trace sobre el papel de satinado dorso los glifos alfabéticos que transmitirán a los hombres de centelleantes lentes el narcísico relato de un doble encuentro por razón autobusilística! ¡Brioso corcel de mis sueños, fiel camello de mi gesta literaria, esbelta fontana de contadas, pesadas y escogidas palabras, traza las volutas lexicográficas y sintácticas que alentarán gráficamente la narración fútil e insignificante de los hechos y gestos de aquel joven que un día tomó el autobús S, sin sospechar siquiera que concluiría siendo el héroe inmortal de mis laboriosos trabajos de escritor. ¡Mequetrefe de largo cuello exornado de un sombrero cercado por un galón trenzado; tú, gozque rabioso, protestón y sin coraje, que, huyendo de la gresca, fuiste a posar tu trasero, cosechador de patadas al culo, sobre un banquillo de dura madera!, ¿Llegaste a sospechar por un instante este destino retórico cuando, ante la estación de Saint-Lazare, escuchabas con exaltada oreja los consejos de sastre de un personaje a quien inspiraba el botón superior de tu gabán?

### TORPE

No tengo costumbre de escribir. No sé. Me gustaría escribir una tragedia o un soneto o una oda, pero están las reglas. Eso me corta. No son cosas para aficionados. Todo esto ya está muy mal escrito. En fin. En todo caso, hoy he visto algo que me gustaría mucho asentar por escrito. Asentar por escrito no me parece muy acertado. Debe de ser una de esas frases hechas que repelen a los lectores que leen para los editores que buscan la originalidad que les parece necesaria en los manuscritos que los editores publican cuando éstos han sido leídos por los lectores a quienes repelen las frases hechas del tipo «asentar por escrito» que es, sin embargo, lo que me gustaría hacer con una cosa que he visto hoy, aunque yo sólo soy un aficionado a quien cortan las reglas de la tragedia, del soneto o de la oda, porque no tengo costumbre de escribir. ¡Joder, no sé cómo me las he arreglado pero ya estoy otra vez al principio! No me vaya aclarar nunca. Da igual. Cojamos el toro por los cuernos. Un tópico más. Y, además, el chico aquel de toro no tenía nada. Mira, eso no está mal. Si escribiese: cojamos al mequetrefe por el cordón de su sombrero de fieltro a un largo cuello pegado, a un cuello superlativo, tal vez eso seguramente sería original. Quizás cosas así me permitirían conocer a los señores de la Real Academia, del Gijón y de la editorial Cátedra. Al fin y al cabo, por qué no iba a hacer adelantos. La práctica de escritura hace maestro en literatura. Qué bien me ha salido eso. Aunque no hay que perder los estribos. El tipo de la plataforma sí que los perdió cuando se puso a insultar a su vecino con el pretexto de que este último le pisoteaba cada vez que se encogía para dejar subir o bajar a los viajeros. Lo mismo que cuando, después de

haber protestado de aquella manera, se fue deprisa a sentarse en cuanto vio un sitio libre dentro, como si se oliese los palos. Mira, ya he contado la mitad de mi historia.

No sé cómo lo he hecho. Hasta es agradable esto de escribir. Aunque queda lo más difícil. Lo más duro. La transición. Y aún peor porque no hay transición. Mejor lo dejo.

### Desenvuelto

Subo al Autobús.
—Va a Champerret, ¿no?
— ¿No sabe usted leer?
—Perdone.
Taladra mi billete sobre su tripa.
—Tenga.
—Gracias.
Miro a mi alrededor.
—¡Eh, oiga!
Lleva una especie de galón alrededor del sombrero.
—¿No podría ir con cuidado?
Tiene un cuello muy largo.
—¡Basta ya! ¿No?
Entonces se precipita sobre un sitio libre.
—Pues vaya.
Me digo.

II

Subo al autobús.
—¿Va a la plaza de la Contrescarpe?
—¿No sabe usted leer?
—Perdone.
Hace funcionar su organillo y me devuelve mi billete con una cancioncilla taladrada.
—Tenga.
—Gracias.
Pasamos delante de la estación de Saint-Lazare.
—Mira, el tipo de antes.
Aguzo las orejas.
— Deberías hacerte poner otro botón en el abrigo.
Le enseña dónde.
—Tu abrigo está demasiado escotado.
Es verdad.
—Pues vaya.
Me digo.

### Parcial

Después de una espera desmesurada, por fin volvió el autobús la esquina de la calle y frenó junto a la acera. Bajaron algunas personas, otras subieron: yo era una de éstas. Nos apretujamos en la plataforma, el cobrador tiró vehementemente de la cadena para avisar y el vehículo siguió. Mientras cortaba en un carnet el número de billetes que el hombre de la cajita iba a taladrar, me puse a inspeccionar a mis vecinos. Sólo vecinos. Ni

una mujer. Un vistazo desinteresado, por lo tanto. Me fijé entonces en la crema de la morralla circundante: un chico de unos veinte años con una cabecita minúscula encima de un cuello largo, y con un gran sombrero::en su cabecita y una trencilla chula alrededor del enorme sombrero.

Qué pobre tipo, me digo.

Y no era sólo un pobre tipo, era un malvado. Se puso indignadísimo acusando a un burgués cualquiera de laminarle los pies cada vez que pasaba un viajero para subir o bajar. El otro le miró con severidad, buscando una respuesta cortante entre el repertorio preparado que debía de acarrear a través de las diversas circunstancias de la vida, pero aquel día no estaba en forma. En cuanto al joven, que se esperaba un par de bofetadas, aprovechó la repentina libertad de un asiento para precipitarse sobre éste y sentarse.

Bajé antes que él y no pude observar su comportamiento. Lo destinaba al olvido, cuando, dos horas más tarde, desde el autobús, me lo vuelvo a ver al mismo, en la acera, en la plaza de Roma, tan lamentable como SIempre.

Caminaba de arriba abajo en compañía de un amigo que debía de ser su asesor de modas y que le aconsejaba, con una pedantería dandyesca, hacer estrechar el escote de su abrigo haciéndose añadir en él un botón suplementario.

Que pobre tipo, me digo.

Luego, los dos, mi autobús y yo, seguimos nuestro camino.

### Soneto

Subido al autobús, por la mañana,
Entre golpe, cabreo y apretón,
Me encuentro con tu cuello y tu cordón,
Lechuguino chuleta y tarambana.

De improviso y de forma un tanto vana,
Gritando que te ha dado un pisotón,
Provocas a un fornido mocetón
Que por poco te zurra la badana.

Y vuelvo a verte al cabo de dos horas
Discutiendo con otro pisaverde
Acerca del gabán que tanto adoras.

Él critica con saña que remuerde;
Tú te enojas, fastidias y acaloras
Y, por toda respuesta, exclamas: «¡Merde!»

### Olfativo

En aquel S meridiano había, además del olor habitual, olor a ave, haces, haches, Hades; a efigies, hachís, jota, caca, leyes; a meneo, años, pedo, culo; a reses, t.v., a doble uve ce, a esquís y agria gaceta; había cierto hedor a largo cuello juvenil, cierta transpiración de galón trenzado, cierta acritud de roña, cierta peste cobarde y estreñida, tan fuertes que cuando, dos horas más tarde, pasé por delante de la estación de Saint-Lazare, los reconocí e identifiqué en el perfume cosmético, fashionable y tailoresco que emanaba de un fétido botón mal colocado.

### Gustativo

Aquel autobús tenía un sabor especial. Curioso, pero indiscutible. No todos los autobuses saben igual. Como suele decirse, pero así es. Basta con probado. Aquel —un s — para ser sinceros, tenía un ligero sabor a cacao tostado, y no digo más. La plataforma tenía su aroma especial, a cacahuete no sólo tostado, sino, además, pisoteado. A un metro sesenta del suelo, una golosa, aunque allí no había ninguna, hubiese podido lamer una cosa un poco agria que era un cuello de hombre treintañero. Y veinte centímetros aún más arriba, se ofrecía a un paladar refinado la exótica degustación de un galón trenzado con un ligero sabor a chocolate. A continuación degustamos el chiclé de la pelea, las castañas del cabreo, las uvas de la ira y los racimos de la amargura.

Dos horas más tarde se nos ofrecieron los postres: un botón de abrigo... una auténtica guinda...

### Táctil

Los autobuses son suaves al tacto, sobre todo si se los coge entre los muslos y se les acaricia con las dos manos, de la cabeza a la cola, del motor a la plataforma. Pero cuando uno se encuentra en la plataforma se advierte entonces una cosa más áspera y basta que es la chapa o barra para apoyarse, y luego algo más abultado y elástico, que es una nalga. Algunas veces hay dos, entonces se pone la frase en plural. También se puede agarrar un objeto tubular y palpitante que regurgita unos ruidos estúpidos, o bien un utensilio de espirales trenzadas más suaves que un rosario, más sedosas que un alambre espinoso, más aterciopeladas que una cuerda y más finas que una maroma. O, incluso, puede tocarse con el dedo la estupidez humana, ligeramente viscosa y pegajosa, a causa del calor.

Después, si se espera pacientemente una hora o dos, entonces, delante de una estación áspera, se puede sumergir la mano tibia en la exquisita frescura de un botón de hueso que no está en su sitio.

### Visual

En conjunto es verde con un techo blanco, alargado, con cristales. No los puede hacer cualquiera, los cristales. La plataforma es incolora, o, si se quiere, es mitad gris y mitad marrón. Sobre todo, está llena de curvas, de montones de S, por decido así. Pero a eso del mediodía, hora de tráfico, es un raro embrollo. Para aclararse, haría falta sacar del magma un rectángulo de ocre pálido, colocar en el extremo un óvalo de pá1ido ocre y encima del todo pegar en los acres oscuros un sombrerucho al que rodearía un cordón siena tostado y, para colmo, entremezclado. Después podría plantificarse una mancha verdosa que representaría la rabia, un triángulo rojo para expresar la ira y una mearrina de verde para figurar la bilis reconcentrada y el canguelo cagueta.

Luego, podría dibujarse uno de estos bonitos abriguchos azul marino con un bonito botón, justo debajo del escote, dibujado al pelo.

### Auditivo

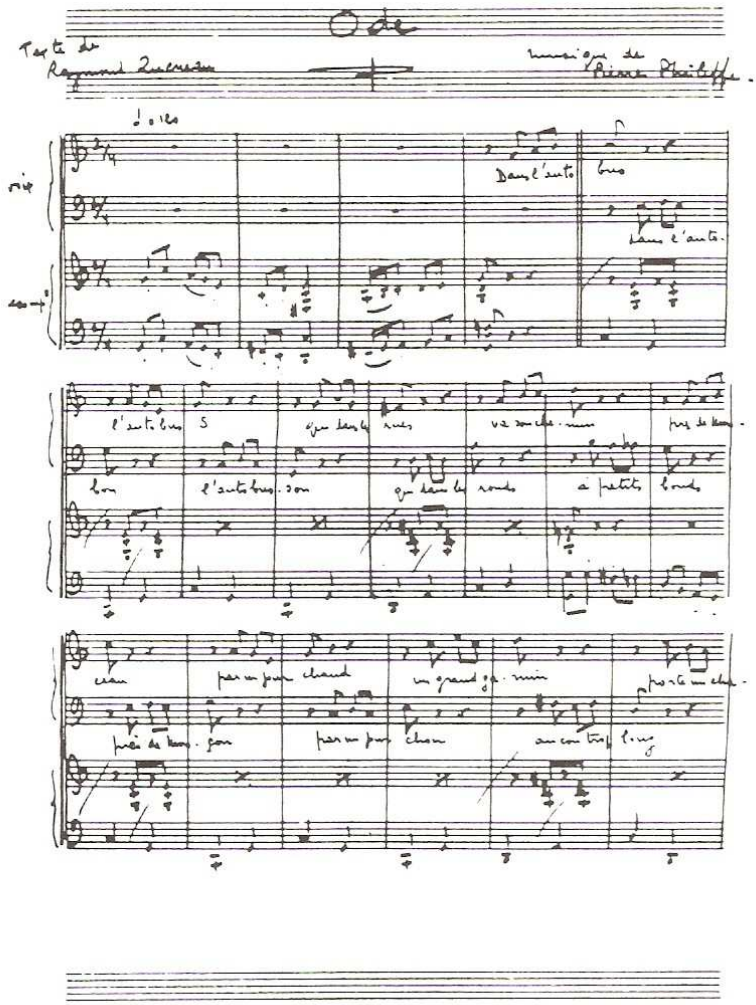
Mocmoqueando y pedorreando, el S rechinaba a lo largo de la acera silenciosa. El trombón del sol bemolizaba mediodía. Los peatones, chillonas cornamusas, gritaban sus

números. Algunos subieron un semitono, lo que bastó para llevarles hacia la puerta Champerret de melodiosos arcos. Entre los jadeantes elegidos figuraba un tubo de clarinete a quien la desgracia del destino había conferido forma humana, y la perversidad de un sombrerero llevar sobre el timbal un instrumento que semejaba una guitarra que hubiese trenzado sus cuerdas para hacerse un cinturón. De pronto, en medio de los acordes en menor de viajeros atrevidos y de viajatiples consentidoras y los trémolos balantes por el cobrador rapaz estalla una cacofonía burlesca en la que la ira del contrabajo se une a la irritación de la trompeta y al canguelo del fagot.

Luego, tras suspiro, silencio, pausa y doble pausa, estalla la melodía triunfante de un botón al pasar a la octava superior.

### Telegráfico

BUS ABARROTADO STOP JOVEN CUELLO LARGO SOMBRERO CORDÓN APOSTROFA VIAJERO DESCONOCIDO SIN PRETEXTO VALIDO STOP PROBLEMA DEDOS PIES ESTRUJADOS CONTACTO PRESUMIBLEMENTE. ADREDE STOP JOVEN ABANDONA DISCUSIÓN POR SITIO LIBRE STOP CATORCE HORAS PLAZA ROMA JOVEN ESCUCHA CONSEJOS INDUMENTARIOS COMPAÑERO STOP DESPLAZAR BOTÓN STOP FIRMADO ARCTURUS



**ODA**

En el autobús
en el bus bombón
el autobús S
el esesosón
que va por las calles
por el callejón
siguiendo su marcha
nada marchosón
cerca de Monceau
cerca de Monçon
en muy sofocante
día sofocón
iba un mozalbete
un cuellilargón
con un sombrerucho
con un sombrerón
en el autobús
en el busbombón

En el sombrerucho
en el sombrerón
llevaba una trenza
llevaba un cordón
en el autobús
en el busbombón
a causa del lío
y del pisotón
estalló un barullo
y un gran mogollón
y aquel mozalbete
tan cuellilargón
protestó y gruñó
gritó quejicón
contra otro viajero
algo vejancón
en el autobús
en el busbombón
pero aquel viajero
algo vejancón
no se lo aguantaba
ni se lo aguantó
y le plantó cara
muy caraplantón
en el autobús
en el busbombón
y aquel mozalbete
tan cuellilargón
fue a poner su culo
todo muy culón

a bordo del S
del esesosón
sobre la butaca
para el batuecón

Sobre la butaca
para batuecón
yo que soy poeta
de gayo pompón
un poco más tarde
un poco tardón
junto a Saint-Lazare
junto a la estación
lo vi al mozalbete
al cuellilargón
que de un abrigucho
abriguchochón
con un compañero
con un compañón
sobre un botonzuelo
se embotonrolló
junto al autobús
junto al busbombón

Y si esta historia
si esta narración
fuese del agrado
de vuestra atención
no tengáis reposo
ni relajación
hasta que un buen día
con gran emoción
encontréis de pronto
y de sopetón
a bordo de un S
de un esesosón
a aquel mozalbete
tan cuellilargón
con el sombrerucho
con el sombrerón
con su botonzuelo
y con su botón
en el autobús
en el busbombón
el autobús S
el esesosón

### Permutaciones por grupos crecientes de letras

Ñanah unama ediod aciam aplat íaenl atras aform unaut erade elali obusd iaunj neasv ecuel ovend asiad lodem oquel olarg aunso orade mbrer mnga adopo enzad lontr o.

Tointe depran suveci rpeloa endien nopret stelep doquee baadre isotea vezque decada nosubi bajaba eros anviaj. Idament perorap noladis eabando aralanz cusionp reunsit arsesob iolibre.

Smás tard unas hora aver dela elo volví staciónd nte de la zare canv esaintla on un comp ersandoc le decíaq añero que era subir ue se hici uperiord el botóns o esu abrigo

### Permutaciones por grupos crecientes de palabras

Mañana una mediodía hacia, la en trasera plataforma un de autobús línea la observé S un a joven cuello de largo demasiado llevaba que sombrero un por rodeado galón un trenzado. Interpeló a de pronto pretendiendo que su vecino adrede cada le pisoteaba subían o vez que bajaban viajeros. la discusión para pero abandonó rápidamente sitio libre lanzarse sobre un.

A verlo delante de horas más tarde volví y estaba conversando con la estación Saint-Lazare decía que se subiese un compañero que le superior de su abrigo un poco el botón.

### Helenismos

En un hiperautoceno pletórico de petreleonautas, fui mártir de un microrama en una cronía de metábasis macrotaráxica: un hipo tipo más que icosañero, con un petaso periciclado por caloplegma y un dolicotraquelo eucilíndrico, anatematizaba enfática y cacofónicamente a un efímero y anónimo morótico, que, según el prótero pseudologaba, le epitripsizaba los dípodos; mas, apenas euriscopó una cenotopia, se peristrofó para catapeltarse allí.

En una hístera cronía, lo esteticé delante del siderodrómico estatmo hagiolazárico, peripateando con un compsántropo que le simbulaba la metacínesis de un ónfalo esfintérico.

### Conjuntos

Consideremos en el autobús S el conjunto A de los viajeros asentados y el conjunto D de los viajeros de pie. En una parada concreta se encuentra el conjunto P de las personas que esperan. Sea C el conjunto de los viajeros que suben; se trata de un subconjunto de P y representa la unión de C', conjunto de los viajeros que se quedan en la plataforma, y de C", conjunto de los que van a sentarse. Demostrar que C" es un conjunto vacío.

Siendo Z el conjunto de los zopencos y {*z*} la intersección de Z y de C', reducida a un solo elemento. Como consecuencia de la sobreyección de los pies de *z* sobre los de *y* (elemento cualquiera de C' diferente de *z*), se origina un conjunto V de vocablos pronunciados por el elemento *z*. Habiéndose transformado el conjunto C" en no vacío, demostrar que se compone de un único elemento *z*.

Sea ahora P el conjunto de los peatones que se encuentran delante de la estación de Saint-Lazare, {*z,z'*} la intersección de Z y de P, B el conjunto de los botones del abrigo de *z*, y B' el conjunto de las posiciones posibles de dichos botones según *z'*, demostrar que la inyección de B en B' no es una biyección.

### Definiciones

En un gran vehículo automóvil público destinado al transporte urbano, designado por la vigésimosegunda letra del alfabeto español, un joven excéntrico portador de un sobrenombre atribuido en París en 1942, con la parte del cuerpo que une la cabeza a los hombros extendida sobre una cierta longitud y que lleva sobre la extremidad superior del cuerpo una prenda de forma variable rodeada por un burdo cordón entrelazado en forma de trenza —este joven excéntrico, imputando a un individuo que iba de un sitio a otro la falta consistente en desplazar sus pies, uno tras otro, encima de los suyos, se encaminó a posarse sobre un mueble dispuesto para sentarse, mueble convertido en no ocupado.

Ciento veinte segundos más tarde, lo vi de nuevo delante del conjunto de inmuebles y de vías ferroviarias donde se efectúa el depósito de mercancías y la carga o descarga de viajeros. Otro joven excéntrico, portador de un sobrenombre atribuido en París en 1942, le daba consejos acerca de lo que le convenía hacer a propósito de un círculo de metal, cuerno, madera, etc., cubierto o no de tela, que sirve para asegurar los vestidos, en este caso un vestido masculino que se lleva encima de los demás.

### Tanka

Un bus vetusto ¡Zas!
Monta un mentecato
Hay zipizape
Más tarde en Saint – Lazare
Un botón como tema

### Versos libres

El autobús
lleno
el corazón
vacío
el cuello
largo
el cordón
trenzado
los pies planos
planos y aplanados
el sitio
vacío

y el inesperado encuentro junto a la estación de mil luces apagadas
del corazón, del cuello, del cordón, de los pies,
del sitio vacío
y de un botón.

### Translación

En el Y, en una horchata de tragedia. Un tirabuzón de unas treinta y dos aortas, sonajero flexible con coronel en lujuria de círculo, cuentagotas muy largo como si se lo

hubiesen estirado. La geometría baja. El tirabuzón en culo se enfada con un vegetariano. Le reprocha que lo empuje cada viaducto que pasa alguien. Torbellino llorón con preces de mala identidad. Al ver un soberano libre se precipita sobre él.

Ocho horchatas más tarde, lo encuentro en el plebiscito de Rusia delante de la estalactita de San Luis. Está con un compás que le dice: «Deberías hacerte poner un bozal más en el ábside.» Le enseña dónde (en el escozor) y por qué.

### Lipograma

Por la mañana, un autobús S iba abarrotado. Al subir, vi allí un muchacho portando un gorro con un cordón muy singular. Sin avisar, gritó como un loco malhumorado contra un individuo pacífico: «¡Basta ya, bruto, Vd. va a ajar mis zapatos con tanto pisotón!» Mas al punto, como vio un sitio vacío, olvidó tal asunto.

A las dos horas, lo hallo al mismo hablando con un amigo: «Falta —los oigo concluir — un botón a tu abrigo. AquÍ.»

### Anglicismos

Un dei a middei, yo teiko el bus y yo sío un yungo manno con un greito necko y un hatto con una queinta leisa trenzados. De pronta este yungo manno bicoma creizsio y acciusa un respecteibol gentilmanno de tridarle los tosos. Luego este runó a un unoccupiado pleis.

A una leita auar lo sío aguein; ualkaba apo y dauno juma Seim Lasar steison. Un frendo le guivaba un advaiso sobre botton.

### Próstesis

Zuna bmañana vhacia dmediodía, den ela aplataforma ztrasera zde hun tautobús, gno plejos ddel eparque Omonceaux, eobservé fun ejoven, zcon pel pcuello sdemasiado mlargo, cque sexhibía hun tsombrero crodeado dpor zun agalón strenzado zen mlugar ede tcinta. Bde opronto tinterpeló za psu svecino apretendiendo cque téste de rpisoteaba fadrede tcada gvez cque ssubía co zbajaban jviajeros. Baquel pabandonó trápidamente lla xdiscusión epara slanzarse nsobre hun tsitio avacÍo.

Galgunas choras pmás atarde, rvuelvo la averlo ddelante ede ela aestación tde Esaint-Blazare xconversando gcon hun tcompañero cque ele rdaba fconsejos gsobre hun mbotón ede tsu aaaaaaaaaaaaaaaaaabriiiigo.

### Epéntesis

Uon díea haieia merediodía, eon lea plataforoma traseura die uan autoibús S, vai uin hombire eoan eul cunello demasitado larigo quie llevauba uin somibrero rodoeado pior uin galaán trenziado eun vaez die eeinta. Due prionto interapelá a sau veucino pretuendiendo quie easte lue pisuoteaba eaeda viez quie subaían o bajuaban viajueros. Paero abanodoná rápidiamente lia discusisián pavra lanzuarse soibre uan siatio livbre.

Alagunas hoiras mais taurde, violví a vearlo detlante die lua estoación die Savint-Lazxare hablaundo cuon uin eompañaero quoe lie aconsaejaba subair uon pioeo eul bobtán surperior die siu abrigggggggggggggggggo.

### Paragoges

Unag mañanaz hacian mediodíar, enllaa platoformat traserau dev uno autobusi, viy uno jovenu coni unt cuellox demasiador largog quen llevabap ung sombrerox rodeadoo porb ung galóng trenzadok enx lugarx deu cintar. Def prontod, interpeloz ap unt vecinok pretendiendow quef ésteb leñ pisotebaj adredep cadag vezq queh subíani oi bajabani viajerosi. Perof abandonót lab discusióng parav lanzarsew sobrek unu sitiou librex.

Algunasu horasu másu tardeu, lou volviu au veru delanteu deu lau estacionu deu Saintu-Lazareu conversandu cono uno compañerob queb leb aconsejabar hacerx subirt elq botónq superiorm dek suj abrigooooooooooooooooooooo.

### Partes de la oración

ARTÍCULOS: el, la, los, un, una, al.

SUSTANTIVOS: mañana, mediodía, plataforma, autobús, línea, S, parque, Monceau, joven, cuello, sombrero, galón, lugar, cinta, vecino, pie, viajero, discusión, sitio, hora, estación, sanCto), Lázaro, conversación, compañero, escote, abrigo, sastre, botón.

ADJETIVOS: trasera, completo, rodeado, gran(de), libre, largo, trenzado.

VERBOS: ver, llevar, interpelar, pretender, pisotear, subir, bajar, abandonar, precipitar(se), volver, ver, decir, disminuir, hacer, subir.

PRONOMBRES: yo, él, se, —le, lo, el cual, que, éste.

ADVERBIOS: poco, cerca, muy, adrede, rápidamente, más, tarde.

PREPOSICIONES: a, hacia, en, de, sobre, ante, con, por, en.

CONJUNCIONES: que, o, pero.

### Metátesis

Van manaña haica medoidía, en la platamorfa traresa de un aubotús, me jifé en un homrbe de culleo myu lagro y sombrore rodaedo de uan espeice de citnao De protno predentía qeu su venico le pitoseaba aderde. Pore etivando la pelae se prepicitó sorbe un sitoi lirbe.

Sod hosar sam tadre vovlí a velro detanle de la escatión de Siant-Lazare en comñapía de un pernosaje qeu le bada conjesos sorbe un tobón.

### Por delante por detrás

Un día por delante hacia las doce por detrás en la plataforma por delante trasera por detrás de un autobús por delante casi completo por detrás, me fijé por delante en un hombre por detrás que tenía por delante un largo cuello por detrás y un sombrero por delante rodeado por un galón trenzado por detrás en lugar de cinta por delante. De pronto se puso por detrás a gritarle por delante a un vecino por detrás, que, según le decía por delante, le chafaba por detrás los pies por delante cada vez que subían por detrás viajeros por delante. Después fue por detrás a sentarse por delante, porque un sitio por detrás se había quedado libre por delante.

Poco más tarde por detrás, volví a verlo por delante delante de la estación de Saint-Lazare por detrás con un amigo por delante que le daba por detrás consejos sobre ropa.

### Nombres propios

Un Domingo de Julio, tras hacer el Job esperando el Pegaso, no me encontré allí con Soledad precisamente, sino con Máximo Robustiano, un Gil Narciso nada Calisto que llevaba el Cascorro sin Jacinta. De pronto, este Carlomagno se enfadó, Severo y Bruto, pero no Clemente ni Benigno, con un Simplicio Matusalén muy Cándido e Inocencia además de Calvino, por culpa de Cayo Pisón. Pero, tras llamarle Camelia, decide ponerse Cómodo.

Dos Horacios después, cuando yo iba sentado con Plácido y Augusto, volví a ver a Goliat, junto a Lázaro, mientras Petronio le aconsejaba, Facundo y con mucho Demóstenes, que fuera a Balenciaga para añadirse a Otón.

### Pasota

O sea, qué palo, colega, el cacharro no venía ni de coña. Y yo que llegaba tarde al curre. Y luego, qué alucine, qué pasote, iba lleno cantidad. Y me veo, o sea, un chorbo cantidad de pirao, con un sombrero cutre, mangui perdido. Y de pronto le dice a un pringao que lo estaba pisoteando, el muy plasta, que le había dejado el pie chunga. De pena, colega. Jo, qué demasiao, qué fuerte. ¡No veas! Y en pleno mosqueo, al tío le da corte, pasa total y se larga a sentarse a toda hostia.

Y, o sea, dos horas más tarde, vaya tela, colega, me lo veo enrollao con un tronco que le comía el coco diciéndole que estaría guay con otro botón en la chupa.

De buten. ¿Vale o no vale, tío?

### Ticon tila titi

Tiutina timatiñatina tihaticia timetidiotiditia, tien tiel tiautitotibús tide tila tilítinetia tietise tivi tiun tijotiven ticon tiun ticuetillo timuy tilartigo tiy tiun tisomtibretiro tirotidetiatido tipor tiun ticortidón tien tilutigar tide tila ticintita. Tide tiprontito tiestite tiintitertipetiló tia tiun tiveticitino tipretitentidientido tique tile tipitisotitetiatiba tiatidretide. Tipetiro tirátipitidatimentite tise tifue tihaticia tiun tisititio tilitibre.

Tidos tihotiras timas titartide tilo tivueltivo tia tiver tidetilantite tide tila tiestitatición tide tiSaint tiLatizare ticon tiun ticomtipatiñetiro tique tile tiaticontisetija tisotibre tiun tibotitón.

### Antonímico

Medianoche. Llueve. Los autobuses pasan casi vacíos. Sobre el capó de un Al que viene de la Bastilla, un viejo con la cabeza hundida entre los hombros que no lleva sombrero agradece a una señora situada muy lejos de él que le acaricie las manos. Después va a ponerse de pie sobre las rodillas de un señor que permanece sentado en su sitio.

Dos horas antes, detrás de la estación de Lión, este viejo se tapaba las orejas para no oír a un mendigo que se negaba a decide que le hacía falta bajar un ojal el botón inferior de su calzoncillo.

#### Latín macarrónico

Sol erat in regionem zenithi et calor atmospherae magnissima. Sena tus populusque parisiensis sudabant. Autobi pasabant completi. In uno ex supradictis autobibus qui S denominationem portabat, hominem quasi juvenum, cum collo molto elongato et cum sombrero a cordincula trenzata circulato vidi. Iste junior insultavit alterum hominem qui proximus erat: pisoteat, inquit, pedes meos post deliberationem animae tuae. Tunc, sedem liberam vidente, cucurrit ibi.

Sol duas horas in coelo habebat descenditus. Sancti Lazari stationem ferroviariam pasante delante, jovenum supradictum cum alterum ejusdem calagniae qui arbiter elegantiarum erat et qui de uno ex botonis capae junioris consilium donabat vidi.

#### Homofónico

Un ama eñe Ana debe era ano, ame dio di a, su vi ala plata forma tras era dé una unto bu úsese. Esta haba mira ando a sombra do une efe bocón sus hombre rorro de hado poros curo cor don. Degaulle peste mi istmo es tupido seca brea hipo oro poco y erre aún vez y no Queneau es pera talco osa.

Do oso ora asma asta arde, ca vela esta acción des han la zar, una mi higo su yo lea con sed jaco ser oh tromba Otón ene Helga van.

### Galicismos

Un jour hacia el midi, él me ha arribado de rencontrar sobre la plataforma arriera de un autobús de la líñea Es un monsieur con un cou trop elongado y un chapeau tutafé extraordinario. Este monsieur là se ha metido a discutar con un otro monsieur en accusándolo notamente de le pietinar sobre los pies exprés; y menazaba de lui cassar la figura. Todo a golpe este meco como él ve una plaza libre, se precipita para allí sentar.

Dos horas aprés lo reveo sobre el trottero de Cour de Rome en tren de baladarse con un camarada que le daba de consejos para hacer meter un otro botón en su parasobre.

#### Paraloss Englaysays

Oonnah manyanah alass dowthay kohee oonowtoboos carsy komplaytoe end directheeon Changparay. Soobee day toedass phormass, ee bee oong hoeven (0noon kwayow lahrgo ee sumbrayroh roday are do poor oong cordong. Elm ease more hoeven say enfardoh kong oon soo hay tow egstupidowe. Loowaygo say send toe.

Poke owe mass tarday low enkwend trow end Leicester thea on day Sing Lahzahr ahcompany ado day oong dundea kay lay akon say her soo beer selb auton desure breed go.

#### Contre-petteries

Una mañana de verana, en un liobús de la autonea S, me tipé en un fijo con un corro con gordón cintado en trez de venza. De puto se pronso a vetarle a un gricino que le pasoteaba sin pirar.

Al rabo del cato, ve lo meo otra vez compachando a un escuñero que le bobla de un hatón y él consechaba los escujos.

### Botánico

Tras haber estado de plantón, haciendo el berzas, bajo un girasol florido, me injerté en una calabaza colectiva. Allí desentierro un calabacín cuyo tallo había crecido muy alto y con el melón coronado con una vaina rodeada por una liana. Este zanahoria de mala uva le dio para peras a un boniato que pisoteaba sus arriates chafándole los dátiles. ¡Relechugas! Para evitar una cosecha de castañas que era mucho tomate para él, se fue a plantar en tierra virgen.

Más tarde volví a verlo delante del invernadero de los forasteros. Pensaba en un esqueje de garbanzo, para encima de su corola.

### Médico

Tras una breve sesión de helioterapia, temiendo que me pusieran en cuarentena, subí por fin en una ambulancia llena de casos clínicos. Allí diagnostico un gastrálgico, afectado de gigantismo agudo, con una curiosa elongación traqueal y reumatismo deformante del cordón del sombrero. Este mongólico sufre de pronto una crisis histérica porque un cacoquímico le comprime su tilosis gonfótica; después, tras un cólico biliar, va a calmar sus convulsiones.

Más tarde vuelvo a verlo junto al Lazareto, consultando a un charlatán sobre un forúnculo que deslucía sus pectorales.

### Injurioso

Tras una espera repugnante bajo un sol inaguantable, acabé subiendo en un autobús inmundo infestado por una pandilla de imbéciles. El más imbécil de estos imbéciles era un granuja con el gañote desmedido que exhibía un guita grotesco con un cordón en lugar de cinta. Este chuleta se puso a gruñir porque un viejo chocho le pisoteaba los pimeles con un furor senil; pero enseguida se arrugó largándose a un sitio vacío todavía húmedo del sudor de las nalgas de su anterior ocupante.

Dos horas más tarde, qué mala pata, me tropiezo con el mismo imbécil que charra con otro imbécil delante de ese asqueroso monumento llamado la estación de Saint-Lazare. Parloteaban a propósito de un botón. Me digo: aunque se suba o se baje el forúnculo, mona se quedará, el muy requeteimbécil.

### Gastronómico

Tras cocerme de tanto esperar bajo un sol como para fundir mantequilla, acabé subiendo en un autobús de color pistacho en el que los pasajeros bullían como gusanos en un queso pasado. En este plato de merluzas observé un fideo con un cuello largo como un día sin pan y una galleta en la cabeza rodeada por un hilo de cortar mantequilla. Este macarrón rompió a hervir porque una especie de besugo al horno le traía frito exprimiéndole, y le dejaba los pies hechos puré. Pero cesó rápidamente de charrar mandándole a freír espárragos, y se metió en un molde que había quedado vacío.

Iba en el autobús de vuelta haciendo la digestión, cuando, delante del restaurante de la estación de Saint-Lazare, volví a ver al mismo pollo asado con un cochinillo que le daba una receta sobre cómo debía aderezarse mejor. Y él se quedaba hecho un flan.

### Zoológico

En la pajarera que, a la hora en que los leones van a beber, nos transportaba hacia la plaza de Champerret, me fijé en un bicho raro de cuello de avestruz que llevaba un castor rodeado por un ciempiés. De pronto, el jirafito se empezó a espantar con el pretexto de que una bestezuela vecina le chafaba las pezuñas. Mas, para evitar que le sacudieran las pulgas, cabalgó hacia una madriguera abandonada.

Más tarde, delante del zoo, volví a ver al mismo pollito cotorreando con un pajarraco a propósito de su plumaje, el cual le decía cómo podría quedarle más mono.

### Impotente

¿Cómo expresar la impresión que produce el contacto de diez cuerpos apretujados en la plataforma trasera de un autobús S una mañana hacia el mediodía por la calle de Lisboa? ¿Cómo describir la impresión que causa contemplar un personaje de cuello disformemente largo, con un sombrero cuya cinta ha sido remplazada, sin saber por qué, por un trozo de cordón? ¿Cómo reflejar la impresión que produce una pelea entre un tranquilo viajero injustamente acusado de pisotear adrede a alguien y este grotesco cualquiera, precisamente el personaje antes descrito? ¿Cómo traducir la impresión que provoca la huida de este último, disimulando su cobardía con el vil pretexto de aprovechar un sitio libre?

¿Cómo relatar, por último, la impresión que causa la reaparición de este sujeto delante de la estación de Saint-Lazare, dos horas más tarde, en compañía de un amigo elegante que le sugería mejoras indumentarias?

### Modern style

En un ómnibus, una mañana, hacia mediodía, me fue dado asistir a la pequeña tragicomedia siguiente. Un petimetre, aquejado de un largo cuello, y, cosa extraña, con un cordoncillo alrededor del bombín (moda que hace furor, pero que yo repruebo), pretextando de pronto una gran prisa, interpeló a su vecino con una arrogancia que disimulaba mal un carácter probablemente pusilánime y lo acusó de pisotearle de forma sistemática sus escarpines de charol cada vez que subían o bajaban damas o caballeros dirigiéndose a la puerta de Champerret. Pero el gomoso no aguardó en absoluto una contestación que sin duda le hubiese llevado al campo del honor y trepó raudo a la imperial donde le esperaba un sitio libre, pues uno de los ocupantes de nuestro vehículo acababa de posar su pie sobre el blando asfalto de la calzada de la plaza Pereire.

Dos horas más tarde, al encontrarme sobre la misma imperial, observé al pisaverde del que os acabo de hablar, que parecía disfrutar sobremanera con la conversación de un joven currutaco que le daba consejos superchic sobre la forma de llevar la esclavina en sociedad.

### Probabilista

Los contactos entre habitantes de una gran ciudad son tan numerosos que no deberíamos extrañarnos si se producen algunas veces fricciones entre ellos, generalmente sin gravedad. He podido asistir recientemente a uno de estos encuentros desprovistos de amenidad que tienen lugar por lo general en los vehículos destinados al transporte colectivo de la región parisina, en las horas de tráfico. No hay nada sorprendente, por otra parte, en lo que he visto, teniendo en cuenta que suelo viajar así. Ese día, el incidente fue de poca monta, pero sobre todo lo que me llamó la atención fue la apariencia y el atuendo de uno de los protagonistas de este drama minúsculo. Era un hombre aún joven, pero con el cuello de una longitud probablemente superior a la media, y cuya cinta del sombrero había sido sustituida por un galón trenzado. Cosa curiosa, lo volví a ver dos horas más tarde mientras escuchaba los consejos de orden indumentaria que le daba un compañero con el que se paseaba de arriba abajo, y, con negligencia, diría.

Había en este asunto pocas posibilidades de que se produjese un tercer encuentro, y de hecho, desde aquel día, no he vuelto a ver al joven, de acuerdo con las leyes razonables de la verosimilitud.

### Retrato

El estil es un bípedo de cuello muy largo que frecuenta los autobuses de la línea S hacia el mediodía. Prefiere, en particular, la plataforma trasera, donde permanece, mocoso, con la cabeza cubierta por una cresta rodeada, a su vez, por una excrecencia de un dedo de espesor, muy parecida a una cuerda. Sumamente irritable, ataca con facilidad a los más débiles que él, pero si topa con una reacción un poco firme, huye al interior del vehículo donde intenta pasar desaparecido.

Se le ve también, pero mucho más raramente, en los alrededores de la estación de Saint-Lazare, en el momento de la muda. Conserva su piel vieja para protegerse del frío invernal, pero a menudo desgarrada para permitir que sobresalga el cuerpo; esta especie de abrigo debe cerrarse a bastante altura por métodos artificiales. El estil, incapaz de descubrirlos por sí mismo, busca entonces la ayuda de otro bípedo de una especie afín, que le hace realizar unos ejercicios.

La estilografía es un capítulo de la zoología teórica y deductiva que puede cultivarse en cualquier estación.

### Geométrico

En el paralelepípedo rectangular que se desplaza a lo largo de una línea recta de ecuación 84 *x*+S=*y*, un homoide A que presenta un casquete esférico rodeado por dos sinusoides, sobre una parte cilíndrica de longitud 1 >*n*, presenta un punto de intersección con un homoide trivial B. Demostrar que este punto de intersección es un punto de inflexión.

Si el homoide A encuentra un homoide homólogo C, entonces el punto de intersección es un disco de radio *r*<*l*. Determinar la altura *h* de este punto de intersección en relación al eje vertical del homoide A.

### Paleto

Pos anque no tenia encasi niun rial ni desos cachocartones pal viaje ni ná, me subí ala camioneta. Aluego questaba drento del carromato queicen en la capital autobús,

tuavía pude ir sentao ytó anque to repretao, medio ringao y to tieso. Pos tuve de pagar y con pacencia me pongoservar al personal cabía alredor, yascucha, pos no me veo un cangallón con un cacho guito asurdo del to. No sus figuráis que piazo pescuezo tenía. Una risión. El sombrero con una guita trenzá lo mesmo que la dun melitar, tiaseguro. Y dempués, de golpe y porrazo, cátate que semita con una probe presona que no hubiá guantao muncho más, anque miá por onde de seguida dimpués desto apreta correr el cangallón huyendo comuncuete asentarse.

Güeno, pos unaesas cosas que pue que namás pasan en la capital. Siguro que naide hubiá adevinao quiba topármelo otro viaje, el cangallón. Aluego, nomás dos horas dimpués delanteun edeficio comuna catredal de grandismo. Menúo. Aistaba el cangallón dantes pasiándose darriba pabajo conotro gandul, asín como él. Ascucha loqueleida lotro gandul asín como él. Pos 10tro gandul asín comoélleida: «Me paice de verdá, leida, que te sería mes ter dir hacerte poner el botón de la zamarra una miaja más enlualto, pa que fua más majo.» Eso leida al cangallón el gandul asín comoél.

**INTERJECCIONES**

¡Pst! ¡eh! ¡ah! ¡oh!¡hum! jajá! ¡uf! ¡anda! ¡caramba! ¡córcholis! ¡pchs! ¡puaf! ¡ay! ¡au! ¡uy! ¡eh! ¡ojo! ¡epa! izas!

¡Mira! ¡ehl ¡bah! ¡oh! ¡ah! ¡bueno!

Amanerado

Eran los aledaños de un julio meridiano. El sol reinaba con todo su esplendor sobre el horizonte de múltiples ubres. El asfalto palpitaba dulcemente, exhalando ese tierno aroma de alquitrán que origina en los cancerosos ideas a la par pueriles y corrosivas sobre el origen de sus dolencias. Un autobús, de librea verde y blanca, blasonado con una enigmática S, vino a recoger, junto al parque Monceau, un pequeño pero agraciado lote de viajeros candidatos a los húmedos confines de la disolución sudorípara. En la plataforma trasera de esta obra maestra de la industria automovilística francesa contemporánea, donde se amontonaban los transbordados como sardinas en lata, un pillastre que frisaba la treintena y que llevaba, entre un cuello de una longitud cuasi serpentina y un sombrero cercado por un cordoncillo, una cabeza tan sin gracia como plúmbea, alzó la voz para lamentarse, con amargura no fingida y que parecía emanar de un frasco de genciana, o de cualquier otro líquido de propiedades semejantes, de un fenómeno consistente en empujones reiterados que, según él, tenían como causante a un cousuario presente *hic et nunc* de la S. T. C. R. P. Y le dio a su lamento el tono agrio de un viejo vicario que se hace pellizcar el trasero en un mingitorio y que, por excepción, no le apetece en absoluto tal delicadeza y no entra por uvas. Pero, al descubrir un sitio libre, se lanza en pos de él.

Más tarde, cuando el sol había bajado ya algunos peldaños de la monumental escalera de su parada celeste, y cuando de nuevo me hacía vehicular por otro autobús de la misma línea, observé al mismo personaje descrito anteriormente moviéndose en la plaza. de Roma de forma peripatética en compañía de un individuo *eiusdem estofae* que le daba, en esta plaza consagrada a la circulación automovilística, consejos de una elegancia tal que no iba más allá de un botón.

**INESPERADO**

Los amigos estaban sentados alrededor de una mesa de café cuando Alberto se reunió con ellos. Estaban Renato, Roberto, Adolfo, Jorge y Teodoro.

—¿Qué tal? preguntó cordialmente Roberto.

—Bien, dijo Alberto.

Llamó al camarero.

—Para mí que sea un picón, pidió.

Adolfo se volvió hacia él:

—Pues bien, Alberto, ¿qué hay de nuevo?

—No mucho.

—Hace buen tiempo, dijo Roberto.

—Un poco frío, dijo Adolfo.

—Mira, hoy precisamente he visto una cosa curiosa, dice Alberto.

—Pues para mí que hace calor, dijo Roberto.

—¿Qué? preguntó Renato.

—En el autobús, al ir a comer, respondió Alberto.

—¿En qué autobús?

—En el S.

—¿Y qué es lo que has visto? preguntó Roberto.

— He tenido que esperar que pasaran lo menos tres para poder subir.

—A esa hora no es nada raro, dijo Adolfo.

—Y, entonces, ¿qué es lo que has visto? preguntó Renato.

—Íbamos apretujados, dijo Alberto.

—Buena ocasión para meter mano.

—¡Bah! dijo Alberto. No se trata de eso.

—Pues, venga, cuenta.

—A mi lado había un tipo raro.

—¿Y cómo era? preguntó Renato.

—Alto, delgado, con un cuello raro.

—¿Por qué? preguntó Renato.

—Como si se lo hubiesen estirado.

—Una elongación, dijo Jorge.

— Y el sombrero... ahora que me acuerdo: un sombrero raro.

—¿Por qué? preguntó Renato.

—Sin cinta, pero con un galón trenzado alrededor.

—Qué curioso, dijo Roberto.

—Además —continuó Alberto—, era un buscapleitos, el tipo.

—¿Y por qué? preguntó Renato.

—Se puso a encabronar a su vecino.

—¿Y por qué? preguntó Renato.

—Decía que le pisoteaba.

—¿Adrede? preguntó Roberto.

—Adrede, dijo Alberto.

—¿Y luego?

—¿Luego? Fue a sentarse, sin más.

—¿Eso es todo? preguntó Renato.

—No. Lo más curioso es que lo he vuelto a ver dos horas más tarde.

—¿Dónde? preguntó Renato.

—Delante de la estación de Saint—Lazare.

— ¿ Y qué pintaba allí?

—No lo sé, dijo Alberto. Se paseaba de arriba abajo con un amigo que le hacía notar que el botón de su abrigo estaba colocado demasiado bajo.

—Es exactamente el consejo que le he dado yo, dijo Teodoro.